

Masa (en situación) crítica.

La investigación sobre periodismo en España: comunidad científica e intereses de conocimiento¹

Manuel Martínez Nicolás

Grupo de Estudios Avanzados de Comunicación (GEAC)
 Universidad Rey Juan Carlos, Madrid
 manuel.martinez.nicolas@urjc.es

Resumen

Frente a la idea autocomplaciente de que la investigación española sobre comunicación goza de buena salud, apoyada a menudo en *indicadores objetivos* tales como el crecimiento exponencial del número de investigadores, tesis doctorales, revistas y colecciones editoriales especializadas, en este artículo se revisa el estado actual de los estudios sobre *periodismo* para concluir que, habiendo *masa crítica*, es un ámbito de la investigación comunicativa en *crisis*. En el texto se argumenta que, entre otras razones, esta situación es debida al predominio en este campo de un *intuitivismo descriptivo* de corto vuelo teórico y de la escasez de la investigación empírica fundamentada en la teoría social y las humanidades. Para comprender este estado de cosas, se trazan las grandes líneas de la evolución histórica de la comunidad científica dedicada a la investigación sobre *periodismo* en España para distinguir en ella hasta tres *generaciones*. La procedencia, formación científica e intereses de conocimiento de los miembros de estos grupos generacionales, que van agregándose apoyados unos en el trabajo y las opciones tomadas por quienes les precedieron, ayudan a esclarecer las razones de aquel estado de *crisis*.

Palabras clave: periodismo, investigación, España, tendencias, comunidad científica, historia.

Abstract. *A critical mass in crisis. Journalism research in Spain: scientific community and interests of knowledge*

Opposite to the indulgent idea that the Spanish research on communication has a good health, often supported on such *objective indicators* as the exponential growth of the number of researchers, doctoral theses, academic reviews and editorial collections, in this article the state of the art in journalism studies is checked to conclude that it is a field in crisis. In the essay is argued that, among other reasons, this situation stems from the predominance in this field of that attitude we call *descriptive intuitionism*, with a short theoretical reach, and from the shortage of the empirical research based on the social theory and the humanities. To understand this state of the art, we draw the main lines of the historical evolution of the scientific community researching in journalism in Spain, and we can distin-

1. La primera versión de este texto fue presentada en el I Congreso Luso-Galego de Estudios Periodísticos, celebrado en Santiago de Compostela los días 29 y 30 de octubre de 2002. Agradezco al profesor Xosé López García la invitación a participar en la citada reunión, y con ello la oportunidad de reflexionar sobre el estado de la investigación sobre periodismo en España.

guish up to three generations. The origins, scientific formation and interests of knowledge of the members of these generational groups, who go supporting the newly ones in the work and options taken by the precedent ones, help to clarify the reasons of that state of crisis.

Key words: journalism, research, trends, Spain, scientific community, history.

Sumario

- | | |
|---|--|
| <p>1. Para abrir debate: la endeblez de la crítica de la investigación comunicativa en España</p> <p>2. La constitución del <i>periodismo</i> como campo de investigación: contextos institucional, social y científico</p> <p>3. <i>Profesionalistas y comunicólogos</i>: apuntes sobre la emergencia, estructura y evolución de la comunidad científica</p> | <p>4. La <i>agitación en el campo</i> y su impacto en la investigación sobre periodismo</p> <p>5. Los intereses de la comunidad: tendencias y carencias</p> <p>6. Para concluir: masa crítica en crisis</p> <p>7. Bibliografía</p> |
|---|--|

1. Para abrir debate: la endeblez de la crítica de la investigación comunicativa en España

Si atendemos al volumen de los trabajos científicos —o al menos con pretensión de tales— que cada año se incorpora a la bibliografía producida en España sobre comunicación en general, y específicamente sobre periodismo, quizá habríamos de concluir que la investigación en este campo atraviesa una buena situación, boyante incluso. No sin cierta ironía —creo—, observaba Daniel Jones recientemente que «España ha logrado un nivel muy alto en el panorama internacional por lo que respecta al número de profesionales especializados en el estudio de los propios medios de comunicación y de las industrias culturales [...]» (Jones, 1998: 22); y otro autor interesado por estas cuestiones, Miguel de Aguilera, aun señalando algunas notorias deficiencias y limitaciones, concluía que «la situación actual de nuestra investigación comunicacional puede contemplarse, sin embargo, con cierto optimismo» (Aguilera, 1998: 8). Sin ánimo de caricaturizar, podríamos convenir en que *somos muchos* —aunque con escasa proyección internacional, advertía también Jones (1998: 23)— y *cada vez trabajamos mejor*, lo que nos permite barruntar un futuro esperanzador para la investigación sobre comunicación, y por tanto sobre periodismo, que estamos realizando en España. Y puede que sea verdad.

Pero puede también que no. De que *somos muchos*, y con tendencia a ser más, no cabe duda. A comienzos de la década de los ochenta, sólo cuatro centros universitarios españoles² impartían la entonces única licenciatura existen-

2. La tres primeras facultades españolas de Ciencias de la Información comenzaron a funcionar el curso 1971-1972 en las universidades Complutense de Madrid, Autònoma de Barcelona y de Navarra, ésta última como resultado de la transformación en facultad del

te sobre comunicación (denominada genéricamente de *Ciencias de la Información*, aunque con secciones o especialidades en Periodismo, Imagen, y Publicidad y Relaciones Públicas), y contaban, aquellos centros, con unos cuatro o cinco mil estudiantes y alrededor de 500 profesores. El final del régimen franquista y la instauración de la democracia impulsaron la revitalización de unas industrias culturales que habían sufrido, probablemente como ningún otro ámbito productivo, los rigores de la censura ideológica y del control político de la dictadura. La concurrencia en esos momentos de una amplia libertad empresarial, de una creciente conciencia profesional y de una voluntad política por homologar España al resto de los países de su entorno más cercano, facilitó, como bien ha señalado Jones (1998: 20-21), la rápida expansión del sector comunicativo español; y, con ello, el vertiginoso crecimiento de la demanda de estudios relacionados con las profesiones comunicativas. Así, transcurridos no más de veinte años, a aquellas cuatro iniciales se han unido a finales de los noventa casi una treintena de facultades con titulaciones de comunicación (ahora tres autónomas: Periodismo, Comunicación Audiovisual, y Publicidad y Relaciones Públicas, a las que cabría añadir la reciente de Documentación Informativa), y son ya bastantes más de 20.000 los estudiantes matriculados en ellas³.

En dos décadas —e incluso menos, puesto que buena parte de los nuevos centros han sido creados en los últimos diez años—, la oferta de estudios de comunicación, y también la demanda de los mismos, se ha quintuplicado. Y con ello, y en la misma proporción, el número de profesores que ejercen en tales centros universitarios, que ha pasado de 500 a más de 2.000 en ese mismo periodo. En estas circunstancias, no debe extrañar que la investigación comunicativa sea uno de los campos disciplinares más dinámicos de las ciencias sociales y las humanidades en España, en donde la producción científica ha ido creciendo al mismo ritmo vertiginoso con que lo vienen haciendo las facultades especializadas y, con ellas, las oportunidades institucionales para la profesionalización en este ámbito de la docencia y la investigación. Dada la práctica inexistencia de análisis bibliométricos generales, quizá baste con señalar que de las 1.550 tesis doctorales sobre comunicación censadas en España entre 1926 y 1998, las dos terceras partes (993 trabajos) fueron presentadas entre 1990 y 1998⁴, coincidiendo, pues, con el despegue de aquellas nuevas facultades.

Instituto de Periodismo creado en la citada universidad privada (de la congregación religiosa Opus Dei) en 1958. En enero de 1982 inició su actividad la Facultad de la Universidad del País Vasco, que ya desde 1977 contaba con una sección delegada de la Universitat Autònoma de Barcelona (cfr. Moragas, 1981: 238-242).

Los datos que se ofrecen a continuación sobre la evolución del número de estudiantes y de profesores en las facultades de Ciencias de la Información corresponden a las estimaciones realizadas por Jones (1998: 22), y deben entenderse, en el caso de los primeros, como alumnos matriculados simultáneamente en alguno de los cursos de las titulaciones impartidas por aquellos centros.

3. Cfr. Jones, 1998: 22.

4. Cfr. Jones y otros, 2000: 23. La tenida por los autores como primera tesis doctoral del censo español de investigación sobre comunicación fue el trabajo de Alfred Kästner *Die spanische Presse*, leído en la Universidad de Leipzig en 1926 (Jones y otros, 2000: 19).

Aceptado, en definitiva, que la comunidad española de estudiosos de la comunicación es ingente en número y prolífica en obra, queda por discutir si, de acuerdo con el «cierto optimismo» con que evalúa su situación De Aguilera, efectivamente *trabajamos cada vez mejor*. Y ésta ya no es cuestión que pueda despacharse con censos poblacionales y datos bibliométricos, sino que requiere de una revisión cuidadosa de la investigación que estamos haciendo, algo permanentemente aplazado —o rehuido— por aquella comunidad. Como señalamos en otra ocasión⁵, resulta sintomático el desajuste entre el fervor en que vive la investigación comunicativa —indicado por lo que se publica, sean monografías, artículos o informes; pero también por las numerosas reuniones científicas, congresos, seminarios, foros y ciclos que anualmente genera— y el aparente desinterés de quienes la realizan por reflexionar sobre sus propias prácticas. Si de algo adolece, de entrada, la investigación española sobre comunicación es justamente de una crítica sistemática de la producción científica en este ámbito⁶. Y una crítica no restringida, como sucede habitualmente, a la mera indicación y descripción de los temas u objetos de estudio de que se ocupan los investigadores —algo que no debiera calificarse cabalmente de *crítica*—, sino que precisa ampliar su mirada para evaluar, entre otros aspectos, las condiciones institucionales en las que se desarrolla el trabajo científico, los enfoques teóricos y metodológicos promovidos o las aportaciones y resultados que se están obteniendo. Si exceptuamos las valoraciones contenidas en las mejores de las reseñas y comentarios bibliográficos que se publican en las revistas especializadas, este empeño crítico está prácticamente descuidado entre nosotros, siendo como es un indicador válido de la madurez y grado de cualificación alcanzado por cualquier disciplina o campo que reclame para sí los atributos asociados a los saberes científicos. De ahí que el desinterés al que antes aludíamos nos parezca, como decimos, sintomático.

En razón de este descuido, pronunciarse sobre *cómo trabajamos* —si con acierto o con carencias; si cada vez mejor o al contrario— resulta casi ocioso mientras continuemos postergando esa tarea de crítica sistemática que echamos en falta. La reflexión que vamos a desarrollar aquí pretende contribuir en esta dirección, aun dentro de las limitaciones con las que está planteada. En primer lugar, porque nuestras consideraciones estarán referidas no al conjun-

5. Martínez Nicolás, 2001: 153-154.

6. Contamos, no obstante, con unas cuantas contribuciones que tienen el interés añadido de calar la situación en distintos momentos de la investigación comunicativa española. Pueden consultarse a este respecto, enumerados por orden cronológico, los trabajos de Moragas, 1981 (en concreto el capítulo 5: «De la democracia a la dictadura. La investigación de la comunicación en España: 1940-1980»), 1988, 1989 y 1990; Caffarel y otros, 1989; Gifreu, 1989; Álvarez, 1993; Cáceres y Caffarel, 1993; Urabayen, 1994; Jones, 1994, 1997, 1998, 1999 y 2000; Aguilera, 1998; y Rodrigo, 2001 (los capítulos 4. 4: «La investigación en España» y 4. 5: «La investigación en Cataluña»). Probablemente el trabajo crítico más ambicioso de los que tenemos conocimiento sea el dirigido por Jordi Berrio sobre la investigación comunicativa en Cataluña (cfr. Berrio, 1997, resumido por el propio autor en Berrio, 1998), aunque no se haga en él balance de ámbitos tan relevantes en la tradición catalana como los estudios sobre publicidad o comunicación corporativa, entre otros.

to de la investigación comunicativa producida en España, sino exclusivamente a aquella que toma por objeto el *periodismo*. Las valoraciones que puedan realizarse de los estudios sobre periodismo —características, tendencias, opciones teórico-metodológicas, etc.— pueden extrapolarse en ocasiones a otros ámbitos de la investigación sobre comunicación —la publicidad, el cine, las relaciones públicas, la ficción audiovisual, etc.—, pero no necesariamente ni de un modo mecánico. Cada uno de ellos precisa de una evaluación autónoma que no podemos afrontar aquí, y no sólo por falta de espacio —que también—, sino sobre todo de competencia para eso. Pero además debemos tener en cuenta que incluso en un campo ya acotado como el de la investigación sobre periodismo es tal la diversidad de los dominios que lo forman —el análisis de las prácticas y técnicas profesionales, de los lenguajes y discursos, de los efectos e influencia social de la información, de las regulaciones legales que le afectan, de su evolución histórica, y otros muchos— que una revisión rigurosa exigiría de una aproximación especializada que tan sólo podríamos satisfacer en unos cuantos —pocos, en todo caso— de esos dominios. Una crítica eficiente de la investigación sobre periodismo, y en general sobre comunicación, requiere, a no dudar, de un esfuerzo colectivo.

Contando con estas limitaciones, abordamos la situación de los estudios sobre periodismo en España con el propósito estricto de responder a dos preguntas. La primera, evidente, acerca de los *intereses de conocimiento*: ¿sobre qué se investiga? ¿Cuáles son los aspectos relacionados con el periodismo de que se ocupan preferentemente los investigadores? No puede esperarse, como acabamos de advertir, un examen minucioso y ampliamente contrastado de los distintos dominios u objetos particulares en torno a los que se organiza este campo, pero sí trataremos al menos de indicar con algún detalle los temas y enfoques teórico-metodológicos con los que se trabaja en la actualidad y, sobre todo, aquéllos que, por las razones que también intentaremos aclarar, se hallan descuidados o simplemente ignorados. Porque, como veremos, es notoria en la investigación española la considerable desproporción existente entre dominios, orientaciones teóricas y prácticas metodológicas, algunos de ellos recurrentes y bien atendidos en la producción científica —al menos en volumen de publicaciones—, mientras que otros, en cambio, viven en una casi absoluta inanición. La pregunta, por tanto, se impone: ¿por qué se investiga lo que se investiga, y del modo en que se hace? Y la búsqueda de respuesta a esta cuestión nos obliga a interrogarnos, a su vez, por los propios investigadores; esto es, por las características y estructura de la *comunidad científica* que apoya a los intereses de conocimiento vigentes en este ámbito.

Como es sabido, este concepto —el de *comunidad científica*— fue introducido por Thomas S. Kuhn⁷ para señalar que la actividad científica no puede explicarse apelando exclusivamente a una especie de ilusoria voluntad irrestricta de acumular conocimientos cada vez más rigurosos acerca del mundo

7. Cfr. Kuhn, 1962, *passim*.

empírico, sino que cualquier disciplina se halla materialmente soportada por una comunidad de individuos interesados en su desarrollo, y que trabajan en el marco de unas determinadas condiciones históricas —sociales, institucionales, epistemológicas— que afectan de modo directo a la producción de aquellos conocimientos. Reclamando atención para la *comunidad científica*, la epistemología historicista de Kuhn invita a valorar la tarea científica atendiendo también a los factores contextuales que inciden en la misma, y que ayudan a comprender por qué la investigación que se realiza en un cierto momento adquiere unas u otras características —temas que se promueven, enfoques teóricos y metodológicos prevalecientes, grado y tipo de institucionalización, origen y formación de los investigadores, circuitos para difusión pública de los resultados, etc.

Volviendo entonces a la cuestión que nos ocupa, podremos comprender la razón de los *intereses de conocimiento* actualmente dominantes en la investigación periodística española en la medida en que, complementariamente, indagemos en las vicisitudes del proceso histórico en el que se produjo la emergencia y consolidación de la *comunidad científica* que institucionalizó este campo del saber. Porque, según nuestra hipótesis, ahí, en el curso de ese proceso, fueron decantándose ciertas opciones u orientaciones que explican en buena parte las tendencias actuales de los estudios sobre periodismo en España. Trazadas las grandes líneas de ese proceso histórico, estaremos en mejor disposición de entender por qué investigamos lo que investigamos y del modo en que lo hacemos, y por qué descuidamos o ignoramos otros intereses, otros acercamientos teóricos y otras prácticas metodológicas.

2. La constitución del *periodismo* como campo de investigación: contextos institucional, social y científico

El interés sistemático por el estudio científico de la comunicación pública en general, y también por supuesto del periodismo, es bien reciente en España, ya que se remonta no mucho más allá del último cuarto de siglo. Esta circunstancia contrasta con lo sucedido en la mayoría de los países del occidente europeo —con quienes, en todo caso, cabe establecer comparaciones al respecto—, en los que la investigación comunicativa comienza a irrumpir con la derrota del fascismo, tras la Segunda Guerra Mundial, y va obteniendo pleno reconocimiento académico desde finales de los años cincuenta⁸. En España, por el contrario, la perpetuación del régimen franquista impidió que se crearan las condiciones sociales, institucionales e intelectuales necesarias para asentar una mínima tradición investigadora sobre comunicación pública, con un sistema

8. Cfr. Saperas, 1992: 23-25, y las exposiciones que sobre los antecedentes históricos de la investigación comunicativa actual en 16 países europeos (incluido España) se realizan en los diversos trabajos contenidos en el monográfico publicado por la revista *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura* con el título de «La recerca europea en comunicació social» (cfr. Parés, 1997).

comunicativo y cultural cercenado en su desarrollo por el control ejercido sobre el mismo por la dictadura, y un ámbito académico cuyo ensimismamiento abocó a la paralización de campos enteros del saber, y en particular aquellos relacionados con las ciencias sociales empíricas. Así, y exceptuando algunos meritorios pero aislados esfuerzos⁹, durante el franquismo la producción española en este ámbito se distinguiría, de acuerdo con Jones (1997: 104), por «una debilidad teórica evidente, una censura político-ideológica explícita y una primacía por parte del «aparato del Estado». Cuando en el resto de Europa, y también en América Latina, la investigación comunicativa iba afianzando su carácter científico y su prestigio académico, aquí sucumbía a esa actitud *autárquica* que el franquismo intentó generalizar a todos los órdenes de la vida española, hasta conducirla a pretensiones tan delirantes como aquella de instituir una supuesta *doctrina española de la información*¹⁰.

A comienzos de los setenta confluyen, no obstante, una serie de circunstancias diversas —de índoles institucional, social y propiamente científica o epistemológica— que han ido surgiendo lentamente desde finales de los cincuenta y que se aceleran por el impulso de aquel timorato, y en lo sustancial engañoso —por decir poco—, talante *aperturista* de la dictadura franquista en la década de los sesenta. Circunstancias que, como veremos, van a propiciar, ahora sí, la constitución de la comunicación y el periodismo como campos para la investigación científica en España.

— *Contexto institucional.* El acontecimiento determinante de este proceso fue la creación de las tres primeras facultades de Ciencias de la Información, en funcionamiento, como vimos, desde el curso 1971-1972. Estas facultades nacen con el propósito explícito de sustituir a las denominadas *escuelas de periodismo*, centros encargados hasta entonces de la *formación* de profesionales en el marco de la más estricta observancia del nacional-catolicismo fascista y controlados unos directamente por el gobierno desde la fundación del primero de ellos en 1941, recién acabada la guerra civil; y otros, desde finales de los cincuenta, por la jerarquía de la iglesia católica o alguna de sus congregaciones —el Opus Dei, en concreto¹¹.

9. Suele citarse el ya clásico *Mass Communications*, de Juan Beneyto, publicado en 1957, como uno de los primeros trabajos que pueden en propiedad adscribirse a una orientación científica, junto con algunas tesis doctorales sobre historia de la prensa española leídas en esos mismos años. Lo más relevante de lo realizado durante el franquismo se completaría con el *Estudio sobre los medios de comunicación en España*, editado en 1964 por el Instituto de la Opinión Pública (IOP) y, sobre todo, con el *Informe sobre la información* (1962) de Manuel Vázquez Montalbán. Cfr. al respecto Moragas, 1981: 218-238; Jones, 1998: 18-20; y Aguilera, 1998: 7-8.

10. Cfr. Moragas, 1981: 224-225.

11. La historia de estas *escuelas de periodismo* es suficientemente conocida, y no es necesario glosarla aquí. Sobre las características de estos centros y el papel que desempeñaron, y en general sobre la situación de la investigación comunicativa española bajo el régimen franquista, puede consultarse Moragas, 1981, en concreto el capítulo 5: «De la dictadura a la democracia. La investigación de la comunicación en España: 1940-1980».

La aportación de estas *escuelas* a la enseñanza y el estudio del periodismo en España fue, por lo general, bien escasa; muy deficiente en la capacitación técnica para el trabajo periodístico, y prácticamente nula en la investigación de los fenómenos comunicativos¹². Por esta razón, entre otras, las *escuelas de periodismo* dificultaron el surgimiento de una comunidad científica sistemáticamente comprometida en el desarrollo de este campo disciplinar, que sólo comenzará a emerger cuando sus funciones sean asumidas por los nuevos centros. El acceso de los estudios sobre comunicación y periodismo a ese rango universitario supuso —aun con resistencias y reticencias¹³— no sólo el reconocimiento a las reiteradas demandas de formación superior para las profesiones del sector, sino que permitió la paulatina constitución de una comunidad científica dotada ya de un marco institucional adecuado para normalizar la actividad investigadora sobre comunicación social.

Las razones son diversas. Ciertamente, y como bien señala Idoyaga (1990: 110), el paso de las *escuelas* a las facultades supuso la relajación del estricto control gubernamental ejercido sobre aquéllas, y el mayor grado de autonomía de que disfrutaban ya entonces los establecimientos universitarios estimularía sin duda un ambiente más favorable para el trabajo científico. Pero no cabe olvidar, en cualquier caso, que, a diferencia de las *escuelas* que las precedieron, las nuevas facultades de Ciencias de la Información proporcionan, sobre todo, oportunidades de promoción profesional del profesorado directamente ligadas a la adquisición de una cierta *competencia investigadora* por vía de las tesis doctorales o los ejercicios para el acceso y ascenso en la escala del funcionariado universitario (titularidades y cátedras). La universidad, por así decir, *impone* la investigación como requisito —algo ajeno a las viejas *escuelas*—. Y a medida que vaya pasando el tiempo y hasta hoy mismo, no dejará de facilitar *oportunidades institucionales* para la profesionalización docente e investigadora con la multiplicación de facultades y titulaciones relacionadas con este ámbito, probablemente en consonancia con el inusitado crecimiento en los ochenta de la industria de la comunicación en España, una vez reinstaurada la democracia.

- *Contexto social*. Si la obtención de este rango universitario fue decisivo para el surgimiento en España de una comunidad especializada en el estudio de la comunicación y el periodismo, las características de la situación histórica en que lo hace van a marcar en buena medida los intereses de conocimiento de la investigación española en este campo, generando unas opciones que —es nuestra hipótesis— aun hoy, transcurridas casi cuatro décadas, conservan en parte su vigencia. La sustitución de las *escuelas de periodismo*

12. Esta valoración de las *escuelas de periodismo* corresponde a Moragas, 1981: 228-229, quien, no obstante, aprecia positivamente el esfuerzo investigador llevado a cabo en el Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra (Moragas, 1981: 230).

13. Basta para ello con leer el inicio de la lección inaugural del curso 1971-1972 pronunciada por Manuel Vigil y Vázquez (Vigil, 1972).

por las facultades de Ciencias de la Información debe interpretarse como resultado, entre otros factores, de la transformación que en los años sesenta se produce en el sector de la comunicación y el periodismo, impulsada a su vez por los cambios sociales que, de un alcance más vasto, comienzan a darse en la sociedad española desde finales de la década de los cincuenta. *Grosso modo*, ese es el periodo en el que lentamente el régimen franquista se plantea la necesidad de ir liquidando aquella política que tan expresivamente fue denominada como *autarquismo* para dar paso a una muy controlada apertura destinada a reflotar la deprimida economía del país y mejorar la imagen exterior de una dictadura sin apelativos. El resultado más visible de este empeño aperturista fue probablemente la conversión de España en solar turístico de sol y playa apetecido por las clases medias europeas, algo que unido a la afluencia de divisas de los trabajadores españoles emigrados propiciará una época de bonanza económica generalizada y el paulatino advenimiento aquí de una sociedad de consumo de masas —el *seiscientos* como emblema— con varios lustros de retraso con respecto a Europa.

Es en ese proceso de cambio social donde debe encuadrarse también, y como parte del mismo, la mutación que empieza a experimentar el sistema comunicativo español. El hecho sustancial será, sin duda, la implantación masiva de la televisión en España, con la creación en 1956 de Radiotelevisión Española (RTVE) y la inauguración, en 1964, de los estudios de la emisora en Prado del Rey (Madrid). Siguiendo una pauta de ecología de los medios bien contrastada, la televisión desplazará pronto a la radio en las preferencias populares, y con ello la sociedad española se verá abocada en poco tiempo al uso y disfrute de una *cultura de masas* audiovisual que, aunque ya contestada fuera —los movimientos contraculturales estadounidenses, el *mayo francés*—, aquí no está sino dando sus primeros pasos. Por razones obvias, la televisión no asumirá en España la condición de medio informativo hasta la instauración de la democracia —y eso con todas las cauciones a que obliga su carácter de entidad pública, bajo tutela gubernamental—, pero aquella política aperturista interesadamente fomentada por el franquismo no dejará de tener consecuencias también en el campo del periodismo.

El dinamismo de aquella situación social cambiante contrasta con la parálisis que impone al periodismo el férreo control ejercido por la censura, y son las propias empresas informativas, fortalecidas también por el crecimiento del mercado publicitario, quienes presionan en pos de un relajamiento del intervencionismo estatal sobre la información. No hay rebelión, claro; pero sí es de justicia reconocer algo así como un intento, tibio, vacilante si se quiere, por avanzar en la *dignificación* de la profesión periodística. El doctrinalismo fascista que equipara *información* a *propaganda* empieza a ser contestado; y las *escuelas de periodismo* del régimen, autoras de tal inicua confusión, revelan así todo su anacronismo. La nueva Ley de prensa aprobada en 1996; la contestación creciente surgida entre los profesionales del periodismo —a mediados de los sesenta aparece en

Barcelona el clandestino Grupo de Periodistas Democráticos¹⁴—, e incluso la decisión misma de crear las facultades de Ciencias de la Información, son todos ellos movimientos que apuntan en esa dirección.

- *Contexto científico*. Esa voluntad de apertura, o al menos de aflojar la cerrazón de una dictadura tan enfermizamente inmovilista como para incomodar incluso a algunos de sus partidarios; esa voluntad de apertura, decimos, que está modificando en algo la situación social española, y, dentro de ella, el panorama comunicativo, tendrá también su correspondencia en el ámbito científico-epistemológico, particularmente en lo referido al estudio de la comunicación y el periodismo. La política —o quizá mera actitud cerril— de *autarquismo* que antes mencionábamos impregnó hasta comienzos de los sesenta todos los órdenes de la vida, pública o privada, española, y también el ambiente intelectual. La plena demostración de esta circunstancia en el campo que nos ocupa quizá fuese aquella pretensión de dar carta de naturaleza a una pomposa *doctrina española de la información*, descabalada idea en la que se afanaron algunos de los jefes del régimen con la espuria intención de justificar la censura y el control gubernamental sobre la información. Pero cuando los vientos de cambio, por flojos que soplaran, empiezan a dejarse sentir en la sociedad de la época —turismo, economía de mercado, consumismo— y en su sistema cultural y comunicativo —cultura de masas audiovisual, desarrollo de la publicidad comercial, presión por una dignificación mínima de la profesión periodística—, cuando esto suceda, el *autarquismo intelectual* tendrá ya sus días contados.

Se inicia entonces un proceso, lento, gradual, de *apertura científica* conducida en dos sentidos: de un lado, procurar la plena integración de los investigadores españoles en la comunidad científica internacional; y, de otro, iniciar la búsqueda de referentes externos sobre los que apoyar el estudio científico de la comunicación y el periodismo, algo que expondrá a la investigación española, con algún retraso, a la influencia de algunas de las corrientes de pensamiento entonces en boga, particularmente en Europa. En el primero de estos cometidos destacará el empuje inicial del Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, cuyas buenas relaciones internacionales le permitieron organizar en 1968 la asamblea plenaria de la IAMCR/AIERI¹⁵, entonces ya la más prestigiosa y numerosa de las asociaciones de investigadores de la comunicación; y que continuará con el nombramiento de Angel Benito Jaén como vicepresidente de la Sección de Enseñanza de esa organización, algo que en la coyuntura española arriba glosada resultaba particularmente significativo. Por lo que hace a la vinculación no ya institucional, sino específicamente científica o epistemológica, la aper-

14. Cfr. Moragas, 1981: 231.

15. Estas siglas, como es sabido, corresponden a la International Association for Mass Communication Research (IAMCR), según su denominación en inglés; o bien Association Internationale des Études et Recherches sur l'Information (AIERI), en francés. Un detallado relato sobre éste y otros episodios de la inicial *apertura exterior* de la investigación española pueden consultarse en Moragas, 1981: 234-235.

tura de la investigación española se encaminará, a nuestro juicio, principalmente en dos direcciones, y estará motivada, en cada caso, por el interés de abordar otros tantos objetos de conocimiento que el nuevo contexto cultural y comunicacional está imponiendo a la comunidad científica en ciernes.

Se trata, por una parte, de identificar las fuentes teóricas que permitan fundamentar, en la docencia como en la investigación, el paso del *periodismo doctrinal* enseñado en las *escuelas* del régimen a ese *periodismo profesional* que comienza a ser reivindicado, y que deberá tener acogida en las proyectadas facultades de Ciencias de la Información. El paradigma ahí será el periodismo liberal estadounidense, y enseñanza e investigación se orientarán según el modelo de los repertorios para el *news writing and reporting* de las escuelas de periodismo americanas: pirámide invertida, separación de hechos y opiniones, estilo periodístico —claridad, concisión, concreción—, etc. El otro objeto que la realidad comunicativa española está generando, y que concita por tanto el interés de los estudiosos, es la nueva *cultura de masas* audiovisual impulsada por la televisión y la publicidad, y comienzan entonces a difundirse y adoptarse entre nosotros los enfoques teórico-conceptuales de la Escuela de Frankfurt —Adorno, Horkheimer, Marcuse, en primer lugar—, y, sobre todo, de la semiótica europea, con preferencia por las propuestas francesas e italianas —Barthes, Greimas, Morin, Verón, Eco, Fabbri, Dorfles.

En esta *apertura científica* habrá, no obstante, un vacío que pesará hondamente en la investigación comunicativa española, y hasta hoy mismo: la práctica desatención de las ciencias sociales clásicas —sociología, psicología, antropología, pedagogía, economía— como marco de referencia para analizar, desde la teoría y la metodología social empírica, los procesos comunicacionales, y entre ellos lo que tienen que ver específicamente con el periodismo y la información periodística. En este *olvido* influirán diversos factores, sobre los que iremos volviendo más adelante: primero, la propia situación paupérrima de las ciencias sociales en España, truncadas en su desarrollo por la dictadura franquista¹⁶; segundo, el carácter de la formación académica que mayoritariamente comparte el profesorado de las nuevas facultades de Ciencias de la Información, entre los que no abundan los especialistas en esas disciplinas sociales; y, en tercer lugar, el ambiente disuasorio promovido por esa que ya entonces se denominó *crisis de las ciencias sociales* —aunque probablemente no fuera más que el agotamiento del paradigma estructural-funcionalista clásico—, cuyas incertidumbres quisieron ser aprovechadas en Europa por una pujante semiótica para postularse como alternativa heurística, y casi que en exclusiva, para el análisis de la comunicación y la cultura de masas¹⁷.

16. Cfr. Marsal, 1979.

17. Sobre la *crisis de las ciencias sociales*, pueden consultarse los trabajos de Gouldner (1970), Giddens (1976) y Marsal (1977), y sobre su repercusión específica en la investigación comunicativa, Gans (1972) y Fabbri (1973).

Como quiera que fuese, la combinación de todas estas circunstancias provocó que la investigación comunicativa española ignorase durante demasiado tiempo los enfoques renovadores que en esos momentos, en los primeros sesenta, comenzaban a proponerse para el estudio de la comunicación y el periodismo desde el campo de las ciencias sociales empíricas, de la mano ya fuera de la recuperada tradición de las sociologías interpretativas —socio-fenomenología, etnometodología, interaccionismo simbólico—, ya de una perspectiva crítica que empezaba a sacudirse el abrumador legado de la Escuela de Frankfurt —la economía-política de la comunicación, los estudios culturales de la escuela de Birmingham, etc.

En definitiva, y recapitulando lo expuesto hasta ahora, la constitución del *periodismo* como campo de investigación y el surgimiento de una comunidad científica interesada en el estudio de los fenómenos comunicativos se produce en un contexto que presenta los siguientes rasgos destacados. En el *nivel institucional*, la incorporación de estos objetos sociales (periodismo, comunicación) al ámbito universitario, lo que garantiza, como decíamos, la posibilidad de que las facultades de Ciencias de la Información impulsen y consoliden una masa de investigadores especializados en este campo. En el *nivel socio-histórico*, y propiamente *comunicacional*, el despegue económico y el advenimiento consecuente en España a partir de los sesenta de una sociedad de consumo, reforzada por la difusión del medio televisivo y la irrupción, con ella, de una cultura de masas audiovisual. Mientras tanto, y en el ámbito concreto de la información, el *aperturismo* del régimen abre una vía, estrecha pero que no hará más que crecer, en demanda de una mayor profesionalización en el periodismo. Y en el *nivel epistemológico*, en fin, la búsqueda de referentes teórico-metodológicos que permitan fundamentar una investigación hasta entonces raquítica, y que encontrará sus fuentes de inspiración e influencia en el pensamiento periodístico anglosajón y en la semiótica europea.

3. *Profesionalistas y comunicólogos: apuntes sobre la emergencia, estructura y evolución de la comunidad científica*

Siendo tales las condiciones que actúan en el momento *fundacional* del campo, las recién creadas facultades de Ciencias de la Información asumirán en sus primeros años una orientación general, en la docencia y en la investigación, excesivamente deudora en sus propósitos, y quizá también en su nivel de exigencia, de la practicada en las viejas *escuelas de periodismo* que venían a sustituir. La razón probablemente haya que buscarla, de un lado, en la procedencia dominante entre el profesorado de las nuevas facultades; y, en plena conexión con esto, el modelo de *formación de periodistas* —o de comunicadores, como se dirá más adelante— que acaba imponiéndose, y que encontrará plasmación en los primeros planes de estudio y en los contenidos que se imparten en estos centros universitarios.

Al evaluar la *herencia* transmitida por las *escuelas de periodismo* precedentes, sostiene Moragas (1981: 228-229) que «estas deficiencias [de las *escuelas*] afectarán a la larga a la propia constitución de las facultades de Ciencias de la Información, que, como veremos, fueron creadas sin la necesaria planificación y formación del profesorado». Dejando de lado aquí el espinoso asunto de la «formación del profesorado» —entendiendo por tal la competencia y aptitud del mismo—, lo cierto es que el origen y la adscripción epistemológica —esto es, ya no *cuán* formado está, sino *en qué* lo está— de quienes alimentan inicialmente la comunidad científica va a ser un factor decisivo en la orientación que adquiera la enseñanza, claro, pero también de la investigación que sobre comunicación y periodismo se haga en España. Entre el profesorado que ingresa en las nuevas facultades pueden distinguirse hasta tres grupos: primero, obviamente, el que procede de las antiguas *escuelas*; segundo, y como recuerda Lorenzo Gomis, que lo vivió, «periodistas que tuvieran una licenciatura universitaria (generalmente Derecho o Filosofía y Letras)» (Gomis *et al.*, 2002: 158); y tercero, licenciados y doctores con formación en el ámbito de las humanidades (filosofía, derecho, historia, filología, estudios literarios), que dirigen ahora sus intereses hacia el campo de la cultura y la comunicación de masas.

Comienzan así a delinearse, ya en el arranque mismo de las facultades de Ciencias de la Información, las dos sensibilidades que marcarán el devenir de la investigación sobre periodismo y comunicación en España, y cuyos miembros pueden ser identificados con los términos de *profesionalistas* y *comunicólogos*¹⁸, con

18. El primer texto del que tengo conocimiento en el que se utilizan tales denominaciones y se procede sistemáticamente a su caracterización corresponde a Borrat, 1990. Cabe advertir, no obstante, que Borrat propone los términos *profesionalista* y *comunicólogo* para distinguir sendas actitudes docentes e investigadoras que yo aquí enmarco genéricamente dentro de la orientación *profesionalista*, entendiéndolo por tal, como expondré a continuación, aquella centrada en la reflexión sobre *saberes y prácticas profesionales* (periodísticas, en este caso). Que tales *saberes y prácticas* sean transmitidos, enseñados, como reproducción lineal de los modelos y hábitos cultivados en las empresas periodísticas, o bien que sean sometidos al escrutinio crítico en que debe implicarse la formación universitaria, son actitudes que Borrat adscribe bien a lo *profesionalista*, la primera; bien al empeño *comunicológico* que reivindica en su artículo. Como podemos comprobar, Borrat confiere a estos términos un contenido explícitamente *valorativo* (*reproducción vs. crítica*), mientras que aquí los proponemos con un sentido meramente *descriptivo* para distinguir no tanto *actitudes epistémicas* cuanto *intereses de conocimiento*; esto es, adscripción a determinados objetos empíricos sobre los que producir conocimientos. Así, la orientación que aquí llamamos *profesionalista* es aquella que tradicionalmente en España ha tendido a identificar su objeto de estudio con los conceptos de *redacción periodística*, primero; y más tarde con los de *periodística* y *comunicación periodística*, denominaciones éstas que responden en parte a la voluntad de no restringir el campo de sus intereses a la construcción de textos y ampliarlo al conjunto de las prácticas implicadas en la producción periodística. Los *comunicólogos*, como veremos, irán abriéndose espacio apelando a una *teoría de la comunicación* o de la *información* que albergará aportaciones procedentes de las distintas disciplinas sociales —sociología, psicología, ciencia política, antropología, economía, historia, semiótica— sobre los más diversos objetos empíricos: cultura de masas, efectos de las comunicaciones masivas, discursos mediáticos, producción periodística (en el sentido anglosajón de *newsmaking*), estructura del sistema comunicativo, políticas de comunicación, opinión pública, comunicación política, etc.

un claro predominio desde entonces de los primeros. *Profesionalistas* serán aquellos que, provenientes de cualquiera de los dos primeros grupos arriba mencionados, conciben las recién creadas facultades como centros primordialmente dedicados a la formación de profesionales, por lo que la enseñanza que en ellos se imparta debe encaminarse a la capacitación técnica en la creación, producción, gestión y difusión de productos periodísticos (y eventualmente, ya que se trata también de especialidades de la nueva titulación universitaria, en los campos publicitario y de la imagen). El profesorado con esta adscripción será el encargado de importar aquel pensamiento periodístico anglosajón que servirá entre nosotros de referencia intelectual para la reclamada *dignificación* del periodismo, y, andando el tiempo irá sistematizando en la investigación los modelos, saberes e ideologías profesionales que la propia práctica periodística propone, reproduciéndolos en la docencia con una generalizada despreocupación por ese escrutinio crítico y vocación científica que reclamara Héctor Borrat¹⁹.

La actitud *comunicológica*, por su parte, tenderá a eliminar de su horizonte heurístico el *periodismo* —ese parece ser coto de los *profesionalistas*—, para centrarse en el más difuso objeto de la *comunicación* o la *información* con especial énfasis, al comienzo, en la *cultura de masas* y sus dispositivos y discursos más característicos: la televisión, la publicidad, el cine, incluso el cómic. Es aquí donde irrumpe y hace fortuna la mirada y el aparato conceptual de la semiología europea entonces en boga. Y se pugnará fuerte, y con resultados apreciables por lo demás, por la constitución de una *semiótica de la comunicación de masas*, en línea con el bagaje epistemológico de unos investigadores de formación humanística que vienen, como dijimos, de la filosofía, la filología o la teoría literaria.

Siendo ésta la estructura interna que va adquiriendo la comunidad científica dedicada al estudio de la comunicación y el periodismo en España, el predominio corresponderá, antes como ahora, a ese talante *profesionalista* ejercido del modo en que venimos de describir. Pero al margen de cómo sea ejercido —antes reproductiva que críticamente, como dice Borrat (1990)—, ese predominio refleja un modo de entender los objetivos docentes de las facultades de Ciencias de la Información que acabará afectando de lleno también a las opciones que tome la investigación sobre periodismo. En efecto, y como bien señalara Idoyaga (1990: 113), la transformación de las antiguas *escuelas de periodismo* en facultades consolida una serie de «simplificaciones reduccionistas [...]»; a saber: comunicación = información periodística; información periodística = redactar noticias». Y en una línea parecida revive Gomis su experiencia personal en esa primera época: «Los planes de estudios [de la titulación en Ciencias de la Información] se nutrían de asignaturas y profesores procedentes de otras facultades, y quedaba a los profesores de redacción la carga de adiestrar a los estudiantes en el ejercicio profesional, enseñarles a redactar una noticia, una entrevista, un reportaje, una crónica, un artículo, un editorial... *Redacción era la asignatura básicamente periodística*» (Gomis y otros, 2002: 159). La cursiva

19. Cfr. Borrat, 1990.

es agregada)²⁰. Donde Gomis dice «básicamente» quizá habría que interpretar «específicamente». De alguna manera, por tanto, esa reducción de *lo periodístico* a la *redacción de noticias* —y, por extensión, a todas aquellas tareas profesionales dirigidas a la producción informativa: recogida, selección, edición, diseño o difusión de informaciones, y el conocimiento y manejo de las tecnologías asociadas a estos procesos—; esa reducción, decimos, terminará por enquistarse, conduciendo la enseñanza del periodismo en el sentido de «proporcionar un repertorio de instrucciones y consejos para la realización rápida y eficaz de prácticas laborales rutinizadas» (Borrat, 2000: 138)²¹; y la investigación —o al menos mucho de lo que se publique al respecto bajo la vitola de *trabajo científico*— no tendrá otro objeto que sistematizar tales repertorios.

A finales de los setenta, con unas cuantas promociones ya licenciadas, irá haciéndose patente la *incomodidad* de unos *comunicólogos* que buscan reequilibrar ésta que consideran excesiva orientación profesionalista de las facultades de Ciencias de la Información²², y ganar así espacios docentes —vale decir, asignaturas— para ese ámbito genérico denominado *teoría de la comunicación*: materias cuyo propósito no es directamente capacitar en competencias profesionales, sino ofrecer conceptos e instrumentos para la comprensión y análisis de los procesos comunicativos específicos de las sociedades contemporáneas. El mismo Gomis incide en esta cuestión cuando dice que «ese campo básico de la enseñanza de comunicación [la redacción periodística] se fue ampliando por el lado de la semiótica y el de la sociología [...], y en seguida por los primeros licenciados en Ciencias de la Información con destacada vocación docente e investigadora [...]» (Gomis y otros, 2002: 163). Y ese reequilibrio buscado por los *comunicólogos* quedará más o menos establecido en la primera reforma

20. Para una valoración de esos primeros planes de estudio de las facultades de Ciencias de la Información, puede consultarse también Núñez Ladevéze, 2002: 86-87.
21. Borrat utiliza estos términos en el siguiente contexto: «Los saberes profesionales no llegan a ser teoría. Ni tienen por qué serlo, puesto que su función no es explicar, sino proporcionar un repertorio de instrucciones y consejos para la realización rápida y eficaz de prácticas laborales rutinizadas. El conocimiento de ese repertorio y el logro de las destrezas correspondientes se sitúan en el campo del *learning by doing*, pueden lograrse en un tiempo mucho más breve que los cuatro años del curso universitario y no exigen el acceso a ninguna facultad» (Borrat, 2000: 138). Espero no traicionar el sentido del argumento de Borrat cuando atribuyo ese ánimo *repertorial* a unas docencia e investigación por lo común volcadas hacia la transmisión acrítica de aquellos *saberes profesionales*, algo que el mismo Borrat, como sabemos, ha denunciado en otros escritos (cfr. Borrat, 1990), y sobre lo que vuelve en éste: «Si sólo enseñáramos saberes profesionales, estaríamos apeándonos de nuestro estatuto de profesores universitarios para canonizar una ideología profesional que destacados investigadores han calificado como muy rígida y estable, racionalizadora de los intereses económicos de los periodistas en la empresa, una cultura profesional que aboga por la transmisión acrítica de sus propias prácticas [...]» (Borrat, 2000: 142).
22. Probablemente, esa *incomodidad* comenzó a fraguarse ya a finales de los sesenta en el curso de las discusiones y debates encaminados a la definición de los planes de estudio —y por tanto de la orientación académica— de las proyectadas facultades de Ciencias de la Información. Es bien ilustrador en este sentido comparar el plan finalmente aprobado con la propuesta elaborada por Vidal-Beneyto (1972).

de los planes de estudio de la titulación en Ciencias de la Información, aplicada desde el curso 1981-1982 y vigente hasta entrados los noventa.

Debemos advertir que, contra lo que parece sugerir lo expuesto hasta ahora, *profesionalistas* y *comunicólogos* no son sensibilidades —por seguir utilizando ese término— monolíticas, algo así como grupos homogéneos de docentes-investigadores definidos, todos ellos, por una percepción unívoca de sus intereses de conocimiento y la forma de abordarlos. O si lo fueron en algún momento, lo cierto es que transcurriendo el tiempo, y conforme nos adentremos en la década de los ochenta, unos y otros van adquiriendo heterogeneidad, fruto quizá de la maduración general de la investigación comunicativa española; o quizá de la incorporación a aquellas facultades de una segunda generación de profesores con otros horizontes teóricos; o quizá meramente de los nuevos espacios abiertos por la renovación de los planes de estudio: fruto quizá de todo esto junto. Como quiera que sea, poco a poco va apreciándose una mayor complejidad o fragmentación en el seno de esos dos grandes grupos que estructuran internamente la comunidad científica, con la consiguiente diversificación de las opciones docentes e investigadoras en las facultades de Ciencias de la Información.

La orientación identificada aquí como *profesionalista* continuará dominada por quienes limitan su horizonte a la sistematización y transmisión de los saberes, prácticas y rutinas de trabajo establecidas por el periodismo que efectivamente se ejerce en las empresas informativas, reproduciendo en la docencia el *estado de cosas* existente y fiando la investigación a una especie de *intuitivismo descriptivo*, ramplón o afortunado según los casos, pero en general ayuno de dispositivos conceptuales rigurosos; a lo sumo, algún que otro concepto desasido de contexto, procedente por lo general de los estudios sobre producción informativa —el *newsmaking* anglosajón, para entendernos—. No obstante, es notorio desde mediados de los ochenta el esfuerzo de algunos investigadores por abordar aquellos saberes y prácticas desde disciplinas *fuertes* cuya contribución resulta pertinente para procurar una adecuada *formación profesional* en el periodismo. Es entonces cuando los estudios periodísticos en España comienzan a buscar, y encuentran, fundamento en dos grandes ámbitos disciplinarios. De un lado, el relativo al análisis de los *lenguajes*, y no sólo del lenguaje verbal: la teoría del texto, la retórica, la pragmática, la teoría de la argumentación y de la conversación, la teoría de la imagen, la hermenéutica, etc. Y, de otro, las ciencias sociales clásicas —la sociología, preferentemente; pero también la psicología o la ciencia política—, asumidas con el propósito de inserir la reflexión sobre las prácticas periodísticas, y también la instrucción en las mismas, en el marco amplio de la teoría social y, más en concreto, en algunos de sus campos: las teorías del poder, del conflicto, de la opinión pública, de la democracia, de la interacción social, etc.

Pero, en cualquier caso, el cultivo de estas vías de renovación, que intentan elevar la exigencia y el rigor de la investigación y la docencia *profesionalista*, continúa siendo minoritaria, y por lo general prevalecerá, y eso hasta hoy mismo, aquel *intuitivismo descriptivo* de corto vuelo cuyas limitaciones defi-

niera tan claramente Albert Chillón (1998: 85): «la desconfianza de la «teoría», la consiguiente anemia crítica y conceptual y, en fin, la primacía del mero sentido común profesional». Sólo en este contexto puede entenderse que aun ahora, desde finales de los noventa, esté planteándose en el ámbito de la llamada *comunicación periodística* la necesidad de proceder a un cambio de *paradigma* que —si no malinterpreto la discusión en curso— busca cerrar el capítulo del influjo del pensamiento periodístico anglosajón y sus repertorios de *news writing and reporting*, e incorporar al estudio y enseñanza de la práctica periodística los debates interdisciplinarios sobre teoría del lenguaje y teoría social²³.

En cuanto a esa otra orientación que hemos llamado *comunicológica*, no abandonará nunca su interés por el análisis de los mecanismos y discursos de la *cultura de masas*, si bien la casi exclusividad concedida inicialmente a la mirada semiótica irá diluyéndose en beneficio de una mayor diversidad teórico-metodológica. Sin embargo, quizá lo más significativo de lo sucedido en esa *comunicología* para el devenir de la investigación sobre periodismo en España fuese, ya entrada la década de los ochenta, la apertura de la misma a las líneas de trabajo que venían elaborándose, ya con resultados apreciables, desde las ciencias sociales empíricas —sociología, psicología, antropología, economía, ciencia política, pedagogía, etc.—, equilibrando así la excesiva dependencia contraída hasta entonces con las disciplinas humanísticas —filosofía, derecho, historia, filología, estudios literarios— en las que había sido formada, por lo general, la primera hornada de *comunicólogos* españoles.

Si hasta comienzos de los ochenta la difusión en España de las aportaciones de las ciencias sociales al estudio de la comunicación y el periodismo se reducía prácticamente a los resultados de la *mass communication research* americana clásica —Lazarsfeld, Lasswell, Hovland, Berelson, Wright, Lewin—, a partir de ahora comenzaremos a tener noticia de algunos enfoques renovadores que, dicho sea de paso, acumulaban ya más de una década de desarrollo cuando aquí empezamos a saber de ellos. Y así, aunque con una cierta quejencia por la investigación anglosajona, y en particular por la estadounidense, van proliferando entre nosotros los trabajos sobre el *newsmaking*, la *agenda-setting* o el *knowledge-gap*, en una primera tanda; y más adelante sobre la *cultivation theory*, la *espiral del silencio*, los *usos y gratificaciones*, la *tematización* o los *estudios culturales*, entre otros. En cualquier caso, justo es reconocer que en pocos años la tarea divulgativa de esta *comunicología* permitió abrir la comunidad científica a la diversidad de las propuestas que, desde las ciencias sociales empíricas, *agitaban el campo* de la comunicación y el periodismo²⁴. Otra cosa es que tal *agitación* lograra remover las aguas de la investigación española.

23. Véase Chillón, 1998; Vidal Castell, 2002; Borrat, 2002; y, en general, todas las contribuciones al monográfico publicado por la revista *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura* (número 28, 2002) con el título de «Comunicación periodística: ¿un cambio de paradigma?».

24. Justamente éste, *agitación en el campo (ferment in the field)*, fue el expresivo título de un monográfico dedicado por el *Journal of Communication* en el verano de 1983 (volumen 33, número 3) a la situación que vivía entonces la investigación comunicativa internacional.

4. La *agitación en el campo* y su impacto en la investigación sobre periodismo

Y eso no sucedió; o no sucedió, pensamos, con la intensidad con que hubiera podido, al menos en el ámbito específico de los estudios sobre periodismo. Las razones —las que enumeramos a continuación; y muy probablemente otras que se nos escapan— quizá tengan que ver con la propia idiosincrasia del sector *comunicológico* de la comunidad científica española: sus orígenes, su adscripción epistemológica y su concepto del papel que le corresponde en la *economía científica* de las facultades de Ciencias de la Información y, por tanto, en la formación de los futuros periodistas y comunicadores. Veamos algunas de esas razones:

- *Propósito introductorio*. Habiendo proliferado desde mediados de los ochenta, los trabajos a los que nos estamos refiriendo tendieron a plantearse con el propósito básico de introducir, o presentar, las nuevas corrientes de la investigación comunicativa internacional. Por decirlo de una manera gráfica que deberá disculparse, la *comunicología* española dedicó entonces sus esfuerzos más a la elaboración de *textos introductorios* destinados a la docencia universitaria, y por tanto a los estudiantes de las licenciaturas de Comunicación, que a proponer *estados de la cuestión*, un tipo de investigación teórica que no limita su alcance a compendiar lo que se sabe sobre un asunto, sino que valora críticamente los conocimientos adquiridos —problemas, deficiencias— y abre, en consecuencia, nuevas líneas de investigación a la comunidad científica.
- *Teorías de la comunicación vs. investigación sobre periodismo*. También por lo general, las introducciones a esos diversificados enfoques de la investigación internacional quedaron aquí englobados bajo la rúbrica genérica de *teorías de la comunicación*, cuya conexión con el periodismo quedaba algo enfoscada, oscurecida. Y eso a pesar de que muchas de las aportaciones que alimentaban esas *teorías de la comunicación* procedían de estudios cuyo objeto empírico era el periodismo y la información periodística: las prácticas profesionales y el funcionamiento de las organizaciones informativas —los estudios sobre el *newsmaking*; los efectos cognitivos de la información periodística —la *agenda-setting*, en su primera versión restringida; y también en cierta medida las hipótesis del *knowledge-gap* y del *cultivo*; la influencia de las noticias sobre la opinión pública —la teoría de la *espiral del silencio*, o la de la *tematización*; o el uso y recepción de los medios como fuente informativa —algunas líneas de trabajo dentro de la perspectiva de los *usos y gratificaciones* y de los *estudios culturales*.

Esta recepción intelectual de mucha de la *investigación sobre periodismo e información periodística* bajo la especie de *teorías de la comunicación* probablemente hubiera sido irrelevante de no ser porque se produce entre una comunidad científica inclinada a organizar el campo, desde su constitución en la década de los setenta, distinguiendo, separando inclu-

so, *periodismo* y *comunicación*. Ya hemos comentado, de acuerdo con Idoyaga (1990: 113), cómo las facultades de Ciencias de la Información heredan de las antiguas *escuelas de periodismo*, y consolidan en un primer momento, esa «simplificación reduccionista» que hace equivaler *comunicación* a *información periodística*, y ésta a *redacción de noticias*. La sensibilidad u orientación *comunicológica* buscará, ya desde los primeros setenta, romper con esta idea. Y lo conseguirá en parte, como decíamos más arriba, abriendo espacio para la *teoría de la comunicación*; pero al precio, pensamos, de perpetuar la segunda de esas «simplificaciones reduccionistas», la que hace equivaler *información periodística* a *redacción de noticias* —y, en general, a las tareas profesionales. El estudio de la *información periodística* queda, implícitamente, como coto reservado a los *profesionalistas*, y la orientación *comunicológica*, más receptiva a las propuestas de las ciencias sociales, no se implicará decididamente en la *investigación sobre periodismo*²⁵.

25. Esa suerte de *imaginario* —llamémosle así— que distingue *periodismo* y *comunicación* como campos de investigación y docencia separados, el primero de índole práctico/profesional, y el segundo de carácter teórico/científico; siendo el primero predio del *profesionalismo* y el segundo de la *comunicología*; esa suerte de *imaginario*, decimos, permanece hasta hoy mismo inscrita en la comunidad científica española, o al menos en una parte representativa de la misma. En unas recientes jornadas de reflexión sobre los contenidos y la docencia en la licenciatura de Periodismo de la Universitat Autònoma de Barcelona, organizadas en marzo de 1998 por el Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació (denominación, por cierto, bien ilustrativa de lo que decimos), el profesor Jordi Berrio sostiene que «la función de las materias que nos ocupan [las *teóricas* o *comunicológicas*: estructura, políticas, sociología, economía, teoría e historia de la comunicación, según identifica el propio autor] [...] no es precisamente proporcionar formación especializada o instrumental», sino que «sirven para la formación intelectual general de los alumnos [...]; forman parte del ámbito de la comunicación, pero no del de periodismo sino de una forma general» (Berrio, 2000: 165-166). Y en una de las interesantísimas sesiones de «debate interdisciplinario» de esas jornadas, aquella en la que justamente se confrontaban las perspectivas de las áreas identificadas como *Comunicación periodística* y *Aspectos teóricos y metodológicos en la investigación de la comunicación*; en esa sesión, Albert Chillón propone que «el campo de la comunicación periodística ha de ser abordado con los recursos y los marcos de conocimiento de las ciencias sociales, por una parte; y los de las humanidades, por otro» (Varios autores, 2000b: 239). A lo que el propio Berrio responde: «Aclara tu punto de vista. ¿Qué es la comunicación periodística; de qué forma se relaciona con las ciencias sociales y con las humanidades? Este es un tema estratégico, porque, según como lo enfoques, la comunicación periodística integraría todo lo que hacemos en el campo de las teorías de la comunicación» (Varios autores, 2000b: 240). En otra de esas sesiones, David Vidal, profesor adscrito al ámbito de la *comunicación periodística*, incide también en esta cuestión: «En cualquier caso, querría remarcar que en general no sólo hay un problema de poco bagaje teórico en otras asignaturas referidas a la práctica del periodismo; también sucede que muchas asignaturas teóricas sobre la comunicación de masas no se ocupan de solucionar el problema de cómo aquello que se enseña puede servir para la práctica del periodismo» (Varios autores, 2000b: 231). Precisamente por su carácter dialógico, vertidas en debates a viva voz sin la caución de la escritura, pienso que estas intervenciones, lejos de ser meramente anecdóticas, revelan esa disociación operada *de facto* entre *investigación sobre periodismo* y *teorías de la comunicación*.

— *Anemia de la investigación social empírica*. De esta apertura a los nuevos planteamientos de las ciencias sociales empíricas no va a derivarse, como cabría esperar, una incorporación activa de la *comunicología* española a estas corrientes renovadoras. Se optará, como ya apuntamos, por un acercamiento centrado antes en la *difusión* que en la *investigación*. Pero no es sólo una cuestión de *opciones*. Antes bien, esta anomalía quizá deba atribuirse a lo que pensamos es una deficiencia estructural de la investigación comunicativa española, algo que ha venido lastrando su despegue y su capacidad de innovación, y que sólo recientemente, y sólo en algunos ámbitos, parece comenzar a superarse; a saber: la ausencia generalizada entre la comunidad científica interesada en la comunicación y el periodismo de la necesaria formación en *teoría social* y en *metodología de la investigación empírica*, una condición indispensable para haber podido contribuir a aquella *agitación* que empezaba a vivir, y ha seguido viviendo, el campo.

La explicación probablemente haya que buscarla, de nuevo, en los orígenes. Ya comentamos que esa sensibilidad *comunicológica* fue alimentada en los primeros años de las facultades de Ciencias de la Información por docentes e investigadores formados —licenciaturas, doctorados— en las ramas clásicas de las *humanidades* —filosofía, filología, historia, derecho, estudios literarios—, que dirigen ahora sus vocaciones hacia el estudio de la cultura de masas y, en general, de la comunicación. Ese talante apenas sí es compensado con efectivos procedentes de las *ciencias sociales empíricas*, entre otras razones porque éstas no cuentan con *excedentes* en un país, España, en donde el desarrollo de estas disciplinas —sociología, psicología, antropología, pedagogía, ciencia política, etc.— había sido obstaculizado por el advenimiento de la dictadura franquista. Y si a esto añadimos un contexto científico caracterizado, como ya comentamos, por la llamada *crisis de las ciencias sociales*, quizá podamos comprender las limitaciones que había de afrontar la *comunicología* española de primera hora para poder empeñarse en una actividad investigadora arraigada en la teoría social y sus métodos. Y por eso, en fin, pensamos que fue en alguna medida contraproducente la insistencia en erigir una *teoría de la comunicación* entendida como un cuerpo de saberes generados por una supuesta nueva disciplina científica autónoma, la *comunicología*. La *teoría de la comunicación* resulta plausible, por supuesto, como *lugar de encuentro* de las aportaciones realizadas desde las ciencias sociales y las humanidades al estudio de los fenómenos comunicativos contemporáneos; pero no así la *comunicología* como disciplina científica. Y probablemente el esfuerzo empleado en la porfía por tal disciplina —su objeto específico, sus métodos, sus conceptos particulares, su relación con otras disciplinas, etc.— detrajo los recursos intelectuales necesarios para comprender que las *teorías de la comunicación* se hacen con las teorías y los métodos de las ciencias sociales y las humanidades clásicas.

En este ambiente se forma, ya en las facultades de Ciencias de la Información, la segunda generación de *comunicólogos*, que se dedicará con acierto a aquella tarea de difusión e introducción ya aludida, y que podrá con-

tribuir con aportaciones *originales* al desarrollo de aquellos enfoques renovadores sólo en la medida en que sus miembros se apliquen a un notable esfuerzo autodidacta. No es hasta la década de los noventa que comienza a tomarse alguna conciencia de esta *crisis de formación científica* que afecta a aquellos licenciados en las facultades de Ciencias de la Información/Comunicación que, optando por la docencia y la investigación, acaban por ingresar en la comunidad científica, y es entonces cuando tímidamente se proponen asignaturas metodológicas en los planes de estudio de las titulaciones y se refuerza este tipo de materias en los programas de doctorado. Pero una tercera generación de docentes/investigadores está ya ahora fraguando, y estas carencias siguen siendo todavía muy generalizadas.

Y éste sí es un tema estratégico. Haríamos bien entonces en atender el diagnóstico que hace Miquel de Moragas cuando, lamentando la «pretensión de autosuficiencia «comunicológica»» que detecta en los planes de enseñanza —y en la propia actitud de los investigadores, cabría añadir— de nuestras facultades, diagnóstica, pienso que de manera preclara, la circunstancia que vivimos: «Estas deficiencias formativas en materia de ciencias sociales básicas se notan finalmente en nuestra producción científica. Los últimos directorios que cuantifican en miles los escritos de los especialistas en comunicación en Cataluña [y podría hacerse extensivo a toda España] no pueden esconder una consideración crítica: la reiteración de temas y la limitada trascendencia internacional de esta producción [...]. Creo que hay un problema de fondo: nuestras investigaciones denotan y padecen —siempre en líneas generales— de una formación insuficiente en las especializaciones de las ciencias sociales» (Moragas, 2000: 46). Resultado, dice Moragas a continuación, de una enseñanza que discurre «sin forzar adecuadamente a los alumnos al estudio en profundidad y complejidad de las grandes teorías sociales»; y para lo que vislumbra una salida, que no podría ser otra: «Entonces, considero que para hacer progresar la investigación necesitamos tener al lado gente formada en diversas especialidades sobre comunicación *desde las ciencias sociales*» (Varios autores, 2000a: 67. La cursiva es agregada). Sólo nos queda sacar las consecuencias pertinentes.

No creo que quepa duda de que éste es uno de los principales retos que actualmente debe afrontar el estudio de la comunicación, y del periodismo en particular, en España. Por lo general, quienes adscriben su talante, o su vocación investigadora, al ámbito de la *comunicología* han tendido a minusvalorar una orientación *profesionalista* tachada de instrumental o practicista; y en todo caso deudora en buena parte de sus trabajos de un *intuitivismo descriptivo* alejado de la actitud reflexiva y crítica que debiera conducir la actividad científica. Y no les ha faltado razón en este reproche. Pero tampoco deja de ser cierto que una *comunicología* banalmente autosatisfecha del papel teórico-científico que se arroga para desmarcarse del práctico-profesional atribuido a aquella tampoco ha realizado demasiadas aportaciones originales —bien teórico-conceptuales, bien fundadas en la investigación empírica— al estudio de las prácticas, discursos, usos e influencia del periodismo y la información periodística. Hasta tal punto que más bien parece que hoy las mejores contribuciones estén

procediendo de aquellos investigadores *profesionalistas*, minoritarios aún, decididos a abordar el periodismo desde *problemáticas fuertes*, ya sea del campo de las humanidades —retórica, pragmática, argumentación, conversación, hermenéutica, etc.— o de la teoría social —poder, conflicto, democracia, interacción, etc.—, como ya comentamos.

5. Los intereses de la comunidad: tendencias y carencias

La coexistencia de estos dos perfiles con las características que hemos ido señalando —un *profesionalismo* que tiende a trabajar de espaldas a los desarrollos de las ciencias sociales y las humanidades; y una *comunicología* que tendió a diluir el objeto *periodismo* en una genérica *teoría de la comunicación*—; la coexistencia de tales perfiles en la comunidad científica, decimos, es un necesario marco de referencia para llegar a *entender* los intereses de conocimiento y las orientaciones predominantes en la investigación sobre periodismo en España: sus *tendencias*, pero también sus *carencias*.

El primer problema que presenta la exposición de tales intereses es el de la identificación de los distintos campos o dominios particulares que conformarían eso que genéricamente llamamos *investigación sobre periodismo*. Como ya hemos afrontado este problema en otra ocasión (Martínez Nicolás, 2001), vamos a retomar la clasificación de áreas específicas de investigación propuesta en aquel trabajo. No se espere de lo que sigue un exhaustivo repaso, una especie de *estado de la cuestión* de cada uno de los dominios que vamos a abordar, entre otras cosas porque, como ya prevenimos al comienzo, eso debe ser una empresa colectiva y tan especializada como sea pertinente para afinar bien el juicio. Lo que presentamos no es más que el señalamiento de las *tendencias* y *carencias* que a nuestro parecer son más reseñables en cada una de esas áreas o temas.

— *Prácticas y técnicas periodísticas*. Los estudios sobre lo que denominamos *prácticas y técnicas periodísticas* se caracterizan por ofrecer indicaciones del tipo *saber-cómo* encaminadas hacia la capacitación profesional en las distintas tareas relacionadas con el periodismo, desde la búsqueda, obtención, selección, valoración y elaboración de las informaciones hasta la producción, gestión y difusión de los productos periodísticos. Si atendemos al volumen de lo publicado sobre tales cuestiones, no hay duda de que éste ha sido el ámbito que tradicionalmente ha concitado el mayor interés entre los investigadores españoles, probablemente debido a la orientación primordial de las facultades de Ciencias de la Información/Comunicación hacia la habilitación profesional de sus estudiantes.

En los últimos años —dos o tres lustros— se ha producido, sin embargo, una extraordinaria diversificación de los trabajos sobre estos tópicos, de forma tal que prácticamente no existe ya actividad alguna vinculada al periodismo que no cuente con al menos un manual dedicado a instruir en su práctica. Acabó, por tanto, la época de aquellos genéricos manuales de

redacción periodística —tratada como una especie de «híbrido de la lengua y la práctica periodística», como recuerda Núñez Ladevéze (2002: 86)—, sustituidos ahora por textos que abordan prácticas y técnicas específicas distinguiendo según soportes y medios (prensa, radio, televisión, agencias, gabinetes y, recientemente, Internet), géneros (noticia, reportaje, crónica, columna, editorial, *suelos*, comentario, etc.), áreas de especialización (economía, cultura, deportes, salud, sociedad, etc.), prácticas singulares (periodismos de investigación, de precisión o de servicio) y todo tipo de tareas (redacción, edición, producción, diseño, maquetación, documentación, fotografía, tratamiento de imágenes, infografía, etc.).

Ahora bien, siendo éste el ámbito que cuenta de largo con el mayor volumen de publicaciones en la investigación española sobre periodismo, es también aquél en el que de una manera más patente ha arraigado ese *intuivismo descriptivo* al que antes nos hemos referido. Sobre *prácticas y técnicas periodísticas* abundan, en efecto, los trabajos que vienen a ser el resultado de combinar la transmisión acrítica de los saberes instituidos por la práctica profesional realmente existente y una aversión contumaz por la «teoría» y el desarrollo de dispositivos conceptuales *fuertes*. Y esta es la actitud heurística que prevalece en muchos de los manuales pretendidamente destinados a la capacitación en técnicas periodísticas, en los que pueden leerse *recomendaciones* absolutamente anodinas. Por ejemplo, que el *lenguaje informativo* debe ser claro, fluido, equilibrado, expresivo, gramaticalmente correcto y ordenado; y que debe evitar la torpeza, la confusión, la vulgaridad, el telegrafismo, la vacuidad, la pobreza expresiva, el lenguaje burocrático, la solemnidad y la extravagancia. Y a la definición de cada una de esas *recomendaciones*, sacadas de un manual publicado a la altura de 1994, dedica el autor un mínimo de media página. En otro manual, éste sobre la *entrevista periodística* y editado en 1993, puede leerse: «Para hacer una buena entrevista hace falta: 1. Prepararla; 2. Saber llevarla. Falta una tercera parte: 3. Redactarla adecuadamente», algo que sirve al comentarista del manual, David Vidal Castell, para «ejemplificar la inanidad de una caterva de manualillos y opúsculos»²⁶. En otro de estos manuales, sobre *producción de la información televisiva*, publicado en 1998, se proponen unos *tipos de presentación de la noticia* que permite a los autores distinguir entre «[noticia] no editada, parcialmente editada y completamente editada». Quizá estos ejemplos no puedan ser tenidos por representativos, pero probablemente tal ramplonería conceptual tampoco sea algo excepcional en este ámbito. Y sólo así, desde la constatación de esta normalidad inane, puede entenderse la reacción de aquellos investigadores preocupados por explorar los *lenguajes periodísticos* enraizando sus estudios en las discusiones abiertas en disciplinas tales como la lingüística textual, la retórica o las teo-

26. El comentario, dedicado a otros dos trabajos sobre la *entrevista periodística* que Vidal Castell valora positivamente, fue publicado en *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 19: 153-157, 1996.

rías de la argumentación y la conversación, desde las que abordan temas como la construcción de los textos y el estilo periodísticos; las relaciones entre la escritura periodística y la escritura literaria; la serialidad y la narratividad audiovisuales; o los mecanismos de la representación sonora (ritmo, timbre, silencio) y sus implicaciones (por ejemplo, en la credibilidad de los comunicadores).

- *Discursos periodísticos*. El objeto de estudio que aquí proponemos denominar *discursos periodísticos* correspondería a lo que también suele identificarse con términos tales como *tratamiento* o *cobertura periodística*, referido bien sea a fenómenos sociales (la inmigración, las drogas, la violencia doméstica, el sida, el terrorismo, la salud), a grupos sociales (mujeres, jóvenes, inmigrantes, políticos), a acontecimientos particulares (campañas electorales, guerras, atentados terroristas, bodas reales) o simplemente a eso que llamamos *actualidad*. El dominio de investigación de los *discursos periodísticos* sería, por tanto, el del *contenido* de los medios de comunicación; o, por decirlo con mayor precisión conceptual, el de la *representación* o *construcción* de la realidad efectuada por los textos que difunden las organizaciones periodísticas.

En general, la investigación española en este campo comienza a ser abundante, y va ganando sofisticación a medida que los análisis se plantean no como una mera descripción del contenido de los textos, sino en el marco de problemáticas teóricas pertinentes (por ejemplo, las que proporcionan teorías como la del *encuadre* —*framing*— o la de la *noticiabilidad*). En consecuencia, podemos encontrar en la actualidad buenos trabajos empíricos que aportan un valioso conocimiento acerca de *qué dicen* los medios periodísticos españoles sobre una gran variedad de tópicos sociales. La relevancia y el rigor que va adquiriendo este ámbito es indicativa de la mejora paulatina en la formación metodológica de los investigadores, y, sobre todo, de un cambio de actitud con respecto a la *teoría*, un *corpus* de conocimientos adquiridos que no sólo hay que dominar y transmitir, sino con el que hay que trabajar *en productividad*, con el que hay que dialogar para contrastarlo y ampliarlo mediante la investigación empírica.

Con todo, el estudio de los *discursos periodísticos* presenta una serie de carencias que están limitando, a nuestro parecer, el alcance de los resultados que se obtienen. Se echan en falta, en primer lugar, diseños de investigación longitudinales en donde el objeto de estudio sea la evolución del discurso periodístico sobre un tópico determinado (el terrorismo, la violencia doméstica, la política, la inmigración) y no, como suele ser habitual, la obtención de una especie de *foto fija* (qué dicen los medios *ahora*) que anula toda consideración del *proceso* que conduce a un *estado* discursivo determinado. Este *fijismo* lleva aparejada una consecuencia de mayor calado heurístico, ya que suele obligar a planteamientos exclusivamente *mediocéntricos* en donde lo que interesa es dilucidar de qué hablan y qué dicen de eso los medios. Con tales planteamientos resulta difícil dar cabida cabal a perspectivas como las de la *construcción de las agendas* y los *encuadres mediá-*

ticos (*media agenda-building* y *media frame-building*), ya que toda construcción del discurso (de qué se habla —agenda— y cómo se habla —encuadre—) es un proceso cuyas transformaciones a lo largo del tiempo dependen no tanto de una supuesta *lógica interna* de los medios cuanto de las formas de interacción entre las agendas y encuadres periodísticos y los del resto de los sujetos sociales implicados en el fenómeno o acontecimiento de que se trate. Tomemos, por ejemplo, el caso del discurso periodístico sobre la violencia doméstica. Podemos estudiar el tratamiento que *ahora* dan los medios a esta cuestión; pero más interesante sería un enfoque *construccionista* que busque responder a preguntas tales como la emergencia y evolución de la agenda informativa sobre el tema, o la implantación y modificación de los marcos o encuadres interpretativos propuestos por los medios. Pero tales preguntas exigen ampliar el foco para incluir también el análisis de esos mismos procesos en relación al resto de los sujetos implicados en la violencia doméstica: las organizaciones de mujeres, los sistemas político y judicial o los actores del campo científico —sociólogos, psicólogos, antropólogos, etc.— Porque las agendas y encuadres mediáticos (los discursos mediáticos) *se construyen* básicamente en el curso de esta compleja red de interacciones.

— *Producción informativa y valores profesionales*. Lo que en otros ámbitos académicos se conoce con la denominación genérica de *estudios sobre el comunicador* no cuenta con una arraigada tradición en la investigación española. No obstante, ese déficit parece estar paliándose en los últimos años, sobre todo en lo que respecta al conocimiento de las características y situación de los periodistas en España y los valores profesionales que asumen. Pero la aportación española a la investigación sobre los procesos de producción informativa, sus estructuras organizacionales, los procedimientos de decisión y las influencias que pesan sobre el trabajo periodístico —procedentes ya sea de la propiedad de las empresas, de los actores políticos y sociales, de los anunciantes, etc.— es bastante escasa. Durante años, el único trabajo significativo fue un estudio empírico publicado a mediados de los ochenta siguiendo la estela de la entonces renovadora y fructífera perspectiva del *newsmaking* anglosajón²⁷; y sólo desde muy recientemente podemos encontrar algún otro análisis riguroso en esta línea. Dado que cabe presumir que desde bien pronto la comunidad científica española tuvo conocimiento de los trabajos sobre *newsmaking*²⁸, probablemente la explicación más plausible de este *descuido* pase, de nuevo, por las deficiencias en la formación metodológica de unos investigadores todavía no convenientemente instruidos en el manejo de las exigentes estrategias cualitativas (estudios de

27. Justo Villafañe; Enrique Bustamante y Emili Prado: *Fabricar noticias. Las rutinas productivas en radio y televisión*. Barcelona: Mitre, 1987.

28. Y, más aún, un conocimiento de primera mano, pues estudios tan paradigmáticos como *Making news. A study in the construction of reality* (1978), de Gaye Tuchman; o *Manufacturing the news* (1980), de Mark Fishman, estuvieron disponibles en español ya en 1983, editados, respectivamente, por Gustavo Gili (Barcelona, traducción de Héctor Borrat) y Tres Tiempos (Buenos Aires, traducción de Leandro Wolfson).

caso, prolongadas permanencias en el campo, empleo de técnicas de observación directa, etc.) requeridas en este tipo de estudios.

El panorama es algo distinto, como adelantábamos, en lo referido al análisis de las figuras profesionales, en donde sí contamos con investigaciones relevantes sobre la situación social, los valores y actitudes, la cultura profesional, la formación académica, etc., de los periodistas españoles, y, dentro de ellos, de algunos grupos específicos —así, por ejemplo, las mujeres, o aquellos que ocupan una posición central en el sistema informativo, la llamada *élite de los periodistas*—. Este tipo de trabajos suele enmarcarse en la *sociología de las profesiones* e incluso, en algún caso, en el de una *sociología histórica* del periodismo, un planteamiento escasamente cultivado por la comunidad científica española y cuyo valor para comprender el proceso de formación de la actividad periodística en España es indudable.

- *Audiencias: recepción, uso y efectos de la información periodística.* La investigación española en este campo —más que investigación propiamente dicha, acopio de datos, como veremos— se reduce prácticamente a lo que es posible obtener por dos vías. De un lado, la información recogida por los estudios de audiencias de organismos como el Estudio General de Medios (EGM), Sofres o la Oficina para la Justificación de la Difusión (OJD), que ofrecen datos sobre el volumen y eventualmente los perfiles sociodemográficos y psicográficos de las audiencias de los medios informativos. Y, de otro, algunas encuestas ocasionales del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) que exploran las actitudes de los españoles hacia los periodistas, los medios de comunicación y los contenidos que difunden. Datos, como decíamos: información útil, pero meramente descriptiva. Aquello otro que la investigación comunicativa identifica como objetos de estudio relevantes en relación con las audiencias —las actividades de recepción e interpretación; el uso social de los textos mediáticos; o sus efectos e influencia—; todo esto, en definitiva, es a día de hoy casi un erial, un terreno prácticamente baldío en la investigación española sobre el periodismo y la información periodística. Apenas sabemos qué sucede *al otro lado* del mensaje —allí donde actúan los periodistas y los procesos de la producción que instauran—, pero quizá aún menos de lo que ocurre *a este lado*, aquí donde el mensaje informativo encuentra a sus públicos.

Aunque no son pocos los textos introductorios a las teorías de la comunicación que reseñan las últimas aportaciones sobre los efectos de las comunicaciones de masas, lo cierto es que su aprovechamiento *en producción* —esto es, más allá de su mera presentación— por parte de los investigadores españoles es infrecuente. Estamos, por lo general, bien al tanto de las líneas de trabajo más recientes en teorías como las del *establecimiento del temario* (*agenda-setting*), del *encuadre* (*framing*), de la *espiral del silencio*, de los *usos y gratificaciones* o del *malestar mediático* (*media malaise*), pero tal conocimiento no viene acompañado de un trabajo sistemático, regular, para fundamentar a partir de él investigación empírica original. Las estudiamos, las difundimos y, en el mejor de los casos, evaluamos su

contenido teórico-conceptual, pero poco aportamos a su contrastación empírica, sea para confirmarlas, complementarlas o refutarlas. A mi juicio, sólo hay en la investigación española un campo particular, el de la *comunicación política*, en el que desde hace relativamente poco se está avanzando en esta dirección de *normalidad científica* que supone, reiteramos, trabajar *en producción* con los *corpus* teóricos disponibles. Afortunadamente, aquí comienzan a proliferar los trabajos que buscan constatar empíricamente la presencia entre el público de efectos tales como los de *agenda*, *encuadre* o *destaque* (*priming*) atribuibles a la influencia de la información periodística en las campañas electorales, utilizando para ello sobre todo estrategias cuantitativas (encuestas, principalmente).

Los estudios sobre recepción —aquellos orientados hacia el análisis de los procesos de apropiación social de los medios y de construcción activa del sentido de los mensajes por parte de los diferentes públicos— tienen, en general, poca implantación en España, y es casi nula en lo referido a la recepción y uso social de la información periodística. Algo hay, sin embargo: algunos estudios sobre jóvenes, pero poco más. La explicación probablemente haya que buscarla otra vez en la exigencia metodológica de este tipo de trabajos, pues suelen requerir de diseños de investigación cualitativos que dificultan y prolongan los procesos de obtención y análisis de los datos empíricos, y que obligan, por lo general, a contar con equipos bien entrenados de investigadores.

— *Empresa periodística, estructura y economía de la información*. El dominio de investigación que en otro lugar (Martínez Nicolás, 2001) hemos llamado genéricamente *Estructura, economía y políticas de comunicación* es un ámbito clásico en la investigación comunicativa española, y cuenta con especialistas de reconocido prestigio internacional. La profunda transformación del sector de las industrias culturales desde el final de la dictadura franquista y el ingreso de España en la Unión Europea, que llevó al surgimiento de grandes empresas privadas de comunicación, a la liberalización —parcial, en el caso de la televisión— del mercado y a la apertura a los capitales foráneos (Jones, 1998: 20-21); todas estas circunstancias, decimos, han servido de acicate para impulsar la investigación sobre las características de unas industrias, las de la comunicación, renovadas en sus fundamentos y desde entonces en constante cambio.

Ese impulso ha tendido a primar el análisis del sector audiovisual —aunque, dentro de él, no especialmente su vertiente periodística—; pero lo que en la tradición española se ha consolidado con la denominación de *empresa periodística* continúa siendo un campo vigoroso y muy atento a las continuas transformaciones que afectan a la gestión de estas organizaciones. Aquí, en efecto, la investigación ha ido acompasando sus objetos de interés al propio desarrollo del sector periodístico, de manera que las líneas de trabajo más recientes exploran, por ejemplo, las características y riesgos de la creciente dimensión multimedia de la industria periodística española o el impacto del nuevo *frente digital* (internet) en la organización y gestión del negocio de la información.

Algo más rezagadas, o vacilantes, parecen en cambio las investigaciones sobre *estructura y economía de la información*, entendiendo por tales aquéllas cuyo foco central no es la gestión de las empresas sino las características de los agentes y procesos que constituyen el mercado informativo y sus flujos. Una vez supimos quiénes eran los *amos de la información* en España tras la primera liberalización del sector, en la transición democrática, poco más se ha avanzado en esta fructífera línea. En la línea, por ejemplo, de trabajos —que algunos hay, por supuesto— que exploren las repercusiones de los cambios en el sistema político —de partido en el gobierno y, por tanto, de política de comunicación— en la estructura de los actores periodísticos, un tipo de conocimiento, por cierto, absolutamente imprescindible como contexto necesario para la investigación sobre el desarrollo de la comunicación política en España. O en la línea, también, de evaluar el papel de los medios periodísticos españoles en los flujos informativos internacionales en sus diferentes niveles, europeo, latinoamericano y mundial. Y una evaluación, sugerimos, basada en el análisis empírico, no en voluntariosas y poco esclarecedoras enmiendas a la globalización capitalista o a la dialéctica de la dominación norte-sur.

- *Derecho de la información y deontología profesional*. Los estudios sobre derecho de la comunicación cuentan con una larga y reputada tradición en la investigación comunicativa española, y en particular el área específica del *derecho de la información*, entendido como la regulación jurídica de las actividades relacionadas con la elaboración y difusión pública de informaciones. Siendo ya amplísima la producción científica española sobre estos temas, el interés por las mismas parece no decrecer, y abundan los tratados y manuales que se ocupan de la libertad de expresión y las condiciones de su práctica o de la protección de los derechos individuales que pudieran ser lesionados o menoscabados en el ejercicio profesional de aquélla. El campo presenta, no obstante, y a nuestro modesto entender, algunas novedades significativas que lo revitalizan, como la que representan aquellos trabajos que recurren a la perspectiva del derecho comparado —así, hay investigaciones muy recientes sobre el régimen jurídico de la información en los países iberoamericanos— y, sobre todo, aquellos otros que tratan no ya de lo que afecta a quienes producen la información, sino de lo que concierne a quienes la reciben —esto es, los *derechos del público*, como indica el título de una monografía publicada no hace mucho.

Pero quizá lo más novedoso en este ámbito sea la incorporación relativamente reciente de destacados expertos en filosofía del derecho y ética de las profesiones, que están reexaminando cuestiones clásicas en el debate sobre la *profesionalización* del periodismo, como las relativas a la cláusula de conciencia, el secreto profesional, los códigos deontológicos o los dilemas jurídicos y éticos que se generan cuando colisionan el ejercicio periodístico de la libertad de expresión y los derechos personales al honor, la

intimidad o la propia imagen. La irrupción en los últimos años de *estilos periodísticos* ciertamente agresivos, ya sea en la información política o social —el uso de cámaras ocultas o la cobertura informativa de los sucesos, por ejemplo—, ya en la *prensa rosa* —sobre todo desde que la televisión comenzara a colonizar también ese espacio—; la irrupción de tal periodismo agresivo, decíamos, ha contribuido sin duda a renovar el interés por la ética de la información y la deontología del periodismo.

- *Historia del periodismo*. La historia de la comunicación no es un dominio más de la investigación comunicativa en España, sino casi un universo en sí mismo por la enorme cantidad de publicaciones dedicadas al estudio histórico de los medios de comunicación de masas (prensa, radio, televisión, fotografía, cine). Y dentro de este ámbito general destacan particularmente, casi desde la constitución misma de nuestro campo científico, los trabajos sobre historia del periodismo. Esta rúbrica genérica de *historia del periodismo* acoge una amplia diversidad de *objetos historiográficos*, y algunos de ellos no están, a nuestro parecer, suficientemente representados en la investigación española.

Durante años, la historia del periodismo practicada entre nosotros se ha ceñido, por lo general, a una específica *historia de la prensa*, usualmente centrada en el devenir histórico de empresas, cabeceras o de algunos actores periodísticos relevantes —propietarios o periodistas de renombre e influencia—. Quizá haya sido menos frecuente el estudio histórico del periodismo entendido como *actividad u oficio* que necesariamente ha ido evolucionando con el tiempo para dotarse de estándares de profesionalización. Este es un proceso justamente histórico que implica una gran variedad de dimensiones: laborales, pedagógicas, deontológicas, de cultura profesional, etc. Y todo esto, pensamos, tiene particular interés en el caso del periodismo español, cuarenta años aherrojado por la dictadura franquista.

Las aportaciones de la historiografía española parecen, en cambio, algo más limitadas en lo que respecta al estudio del periodismo entendido como *práctica discursiva*, cuyo propósito sería el análisis de la evolución histórica de las convenciones de orden semiótico y de las formas de hacer específicamente periodísticas. Aunque contamos con algunos buenos trabajos desde esta perspectiva, enfoques tales como la historia de los lenguajes y los léxicos periodísticos, de los estilos, de las estructuras narrativas o dialogales, de los criterios de la selección informativa, o de los géneros textuales de la información y de opinión (una historia de la *noticia*, o una historia del *reportaje*, por ejemplo) no suelen ser muy frecuentados. En definitiva, tenemos una buena y amplia historia de las empresas y las cabeceras periodísticas; una incipiente y prometedora historia de la profesión periodística; pero probablemente deberían dedicarse más esfuerzos al conocimiento de la historia de las convenciones y las prácticas periodísticas.

6. Para concluir: masa crítica en crisis

En este ensayo hemos querido argumentar contra la idea autocomplaciente de que la investigación española sobre comunicación goza de buena salud, juicio que en el mejor de los casos se asienta en diversos *indicadores objetivos*: el crecimiento exponencial de la comunidad de investigadores en los últimos diez o quince años, a la par que la oferta de titulaciones universitarias relacionadas con la comunicación; el incremento de las expectativas de profesionalización en este campo, y con ello del número de tesis doctorales (esto es, trabajos originales de investigación) y de proyectos docentes (requeridos para lograr el estatuto de funcionario) defendidos; la multiplicación de reuniones científicas (congresos, seminarios, cursos de verano, jornadas) y de revistas especializadas; y, en fin, el despegue de un enorme negocio editorial en torno a los temas de comunicación, y en donde los *manuales* ocupan la posición destacadísima que les otorga la inusitada ampliación de su *mercado* natural (los estudiantes que nutren aquella incesante oferta de titulaciones de comunicación: el círculo se cierra). Frente a la idea de la *buena salud*, que a la postre viene a confiar en las supuestas virtudes que advendrían una vez alcanzado el estadio de *masa crítica* (ya somos muchos), aquí hemos reclamado la conveniencia de revisar y evaluar serenamente el trabajo que está haciéndose en los diferentes ámbitos que conforman la investigación comunicativa, porque sólo a partir de ahí podremos enjuiciar cabalmente si, siendo muchos, además trabajamos bien.

Ese, obviamente, es un esfuerzo que sólo puede acometerse de forma colectiva, y en el que deben participar especialistas en cada uno de los campos específicos de los estudios sobre comunicación. En consecuencia, nuestro propósito ha tenido que ser necesariamente más modesto, y nos hemos limitado a una sucinta revisión de la investigación sobre *periodismo* en España, e incluso aquí con muchas limitaciones y lagunas. Aun así, no creo que hayamos errado mucho en el señalamiento de las tendencias y las carencias de los trabajos sobre *periodismo*, y, sobre todo, en la idea de remitir tal estado de cosas —lo que se estudia y lo que no— a la estructura de la comunidad científica que trabaja sobre estos temas, estructura que responde a su vez a las vicisitudes de su constitución y desarrollo histórico. Nos parece que este es un punto de vista adecuado si lo que buscamos es no sólo tener un *estado de la cuestión*, sino comprender por qué la *cuestión está en ese estado*.

Y por lo que respecta específicamente a la investigación sobre *periodismo*, el diagnóstico puede resumirse bien, a nuestro parecer, con la idea de *crisis*. Somos muchos, en efecto, pero no trabajamos todo lo bien que debiéramos. Contrarrestando aquellos *indicadores objetivos* —que, por otra parte, son meros indicadores de producción—, la revisión que aquí hemos desarrollado vendría a señalar un panorama que se aproximaría más bien a lo siguiente:

1. La investigación española sobre periodismo continúa dominada, en volumen al menos, por trabajos encarados desde esa actitud empobrecedora que aquí hemos denominado *intuitivismo descriptivo*, aplicado en parti-

cular a proponer estándares sobre *prácticas y técnicas profesionales* (para la obtención, selección, redacción, edición, producción, diseño, etc., de la información y los productos informativos). Sobre estas cuestiones abundan los manuales inanes y torpes, por lo general desprovistos de carga conceptual alguna y renunciando a cualquier intento de someter el *periodismo que realmente se hace* —en las empresas— al escrutinio crítico que permitiría cuestionarlo para eventualmente contribuir a transformarlo allí donde la mirada académica descubra que las cosas podrían ser de otro modo. Junto a la formación de los investigadores, pesa aquí también una suerte de *perversión institucional* sobre el campo científico: de un lado, los ejercicios para el acceso a categorías docentes —titularidades, sobre todo—, necesariamente centrados en *asignaturas* y pábulo, por tanto, de manuales; y de otro, las políticas editoriales, lógicamente volcadas en el producto rentable.

2. Buena parte de los objetos de estudio sobre *periodismo*, cuyo desarrollo requiere trabajar *desde* (o *con*) las ciencias sociales empíricas, se hallan desatendidos en la investigación española, algo que es más patente en el caso de unas disciplinas —la sociología, la psicología o la antropología— que de otras —la economía o la historia—. Por lo general, estamos bien al tanto de las últimas aportaciones de la investigación internacional al conocimiento de los fenómenos comunicativos, pero en muchos de esos campos apenas contribuimos notoriamente con trabajos originales, y menos aún de carácter empírico. Dominios tradicionales en los estudios sobre *periodismo* como los relativos a los procesos de producción periodística (*news-making*) o los efectos sociales de los contenidos informativos; u otros con menos solera, como los análisis de la recepción de la información, se encuentran prácticamente inéditos aquí. Y de ahí derivan, pensamos, las dificultades para la incorporación activa de nuestros investigadores a la comunidad científica internacional. Y no ya como partícipes en las grandes reuniones científicas, cada vez más frecuentadas, sino formando parte de equipos de investigación para el desarrollo de proyectos en los que el *caso español* suele estar, todavía hoy, significativamente desaparecido.
3. Y como corolario de lo anterior, la anemia de nuestra investigación empírica. *Anemia* quizá sea un término excesivamente duro; y peor: injusto. Investigación empírica la hay, claro. Pero con algunas limitaciones que justifican en parte aquella caracterización. Primero, el no muy abundante trabajo *en productividad* con las teorías. Hacer investigación empírica no es recoger datos, sino fundamentar la exploración de la realidad en el *corpus* de los conocimientos disponibles y derivar de él hipótesis de trabajo plausibles. Esa es la forma en que los estudios empíricos contribuyen al progreso de los saberes en un campo determinado. Y, segundo, el predominio abrumador en la investigación empírica de los trabajos que recurren al *análisis de contenido cuantitativo*, algo que indica claramente la centralidad del *mensaje* como objeto de estudio periodístico. Apenas contamos con aportaciones en donde se empleen otras técnicas cuantitativas —la *encuesta*,

por ejemplo—; y menos aún cualitativas —los *grupos de discusión*, la *observación directa*, etc.—; por no hablar de la infrecuencia de los diseños experimentales y sus instrumentos. Ciertamente, esta decantación de la investigación empírica española tiene mucho que ver con la disponibilidad de recursos —es más fácil reunir un *corpus* textual representativo que trabajar con fuentes vivas—, pero no deberíamos descuidar otro aspecto interesante: cualquier investigación empírica que se plantee con cierta ambición requiere de equipos de trabajo con una buena formación teórico-metodológica, y de eso —de equipos preparados, que no de personas formadas— tampoco anda sobrada nuestra comunidad científica.

Todo esto, en definitiva, es lo que nos autoriza a proponer un diagnóstico de *crisis* para la investigación española sobre *periodismo*, dispongamos o no ya de suficiente *masa crítica*, un concepto, por cierto, tomado de la física y que aplicado ni siquiera sea metafóricamente a asuntos humanos resulta bastante difícil de ponderar (¿cuánta *masa* para provocar una reacción en el ámbito científico?). Si este es el *estado de la cuestión*, queda por dilucidar, como decíamos antes, por qué la *cuestión está en este estado*. Y eso nos exige, pensamos, adentrarnos en una modesta parcela de la *historia cultural* española e investigar de qué manera ha ido estructurándose nuestra comunidad científica desde su emergencia a mediados de los años sesenta, pues su forma actual —y el trabajo que se desarrolla en el seno de tal comunidad— se comprende mejor si atendemos al proceso histórico que ha ido modelándola. Hemos dedicado buena parte de este trabajo a trazar las grandes líneas de ese proceso, y queremos rematar aquí la reflexión al respecto sugiriendo que en la comunidad científica dedicada a los estudios sobre *periodismo* en España —y quizá esto sea igualmente aplicable a otros ámbitos de nuestra investigación comunicativa— pueden distinguirse hasta tres generaciones de investigadores. Como no podría ser de otra forma, estas generaciones —acéptese el llamarlas así— han ido constituyéndose en contextos sociales, institucionales (esto es, académicos) y científicos diferentes, y eso explica los derroteros que ha transitado la investigación sobre *periodismo* en España hasta llegar al momento actual. Muy brevemente, casi telegráficamente:

1. *Primera generación*. Protagoniza la emergencia e institucionalización de la comunidad científica, y la constitución en España de los estudios sobre comunicación y periodismo como objeto de investigación científica. Es la generación que pone en marcha las primeras facultades de Ciencias de la Información a comienzos de los años setenta, en donde pronto comienza una pugna soterrada por definir la orientación de estos centros universitarios: formación de profesionales de la comunicación, pero también formación de científicos especializados en la investigación de los fenómenos comunicativos. La comunidad científica comienza a fragmentarse entre *profesionalistas* y *comunicólogos*. Entre los *profesionalistas*, usualmente profesorado reclutado de las propias profesiones, abunda la despreocupación

- por el escrutinio crítico de los saberes profesionales y la vocación y formación científicas. Los *comunicólogos* tienden a refugiarse en la fundamentación teórica de una supuesta *comunicología* de filiación disciplinar incierta. En cualquier caso, escasea en ella la conexión con las ciencias sociales empíricas.
2. *Segunda generación.* El grueso de sus integrantes está formado por las primeras promociones de las facultades de Ciencias de la Información. Por lo general, continúa orientándose en el seno de la comunidad científica pensando su estructura en términos de *profesionalistas* y *comunicólogos*. La segunda generación de ambos subgrupos promueve, no obstante, cambios sustanciales. En el sector *profesionalista* comienza a producirse una severa reacción contra el *intuitivismo descriptivo*, acrítico y desconfiado de la «teoría», usual hasta entonces en el estudio y la docencia de los saberes profesionales. Es ahora, desde mediados de los ochenta, cuando perspectivas fuertes del campo de las humanidades empiezan a penetrar todavía tímidamente en este campo: la lingüística textual, la retórica, la teoría de la argumentación, de la conversación, etc. La pugna todavía se está librando a día de hoy. La segunda generación del sector *comunicológico* va abandonando toda ilusión de una *comunicología* autónoma, pero se abraza a una genérica *teoría de la comunicación* cuya conexión con el objeto empírico periodismo e información periodística queda diluida. Como quiera que sea, esta segunda generación realizará una encomiable tarea de difusión de las teorías que desde las ciencias sociales (sociología, psicología, antropología, pedagogía, economía, historia, semiótica, etc.) se están proponiendo para el estudio de los fenómenos comunicativos. Su trabajo *en productividad* con tales teorías se halla en cambio dificultado por el tradicional déficit de formación metodológica que arrastran las facultades de Ciencias de la Información, algo a lo que esta generación comenzará a poner remedio cuando se implique en la reforma de los planes de estudio de las licenciaturas y doctorados de aquellas facultades, ya a comienzos de los noventa.
 3. *Tercera generación.* Formada por promociones licenciadas en las facultades de Ciencias de la Información/Comunicación a finales de los ochenta y primeros años noventa, a la que se incorporan también investigadores procedentes de ciencias sociales clásicas: psicología, sociología, economía o ciencia política. Estos últimos provienen de unas titulaciones universitarias en las que la formación metodológica es absolutamente central; aquellos, los de las facultades de Ciencias de la Información/Comunicación, se han beneficiado de la incorporación de los contenidos metodológicos en las licenciaturas y doctorados de Comunicación, que complementan con un notable esfuerzo autodidacta. La razón de este esfuerzo parece clara: superada con éxito la etapa de difusión de las *teorías de la comunicación*, es necesario comenzar a trabajar con ellas, contribuir desde la investigación empírica a su desarrollo. En cuanto a la estructura interna de la comunidad científica de la que forman parte, y por lo que podemos concluir, esta

generación ya no piensa en términos de *profesionalistas* y *comunicólogos*. Existe, obviamente, una enorme diversidad de objetos de estudio en el ámbito de la comunicación y del periodismo, y también de perspectivas teórico-metodológicas desde los que abordarlos, unas enraizadas en las humanidades, otras en las ciencias sociales. Pero acostumbrada, como va estando, a practicarla, esta generación comienza a tener criterios rigurosos para evaluar la calidad de la investigación, sea teórico-conceptual, sea empírica. Por esta razón dejará de tener sentido para ella la intelección de la comunidad científica en términos de *profesionalistas* y *comunicólogos*, y entrará en la normalidad que supone distinguir, sólo, entre buena y mala investigación; entre investigación original e innovadora y lo que no sea sino mera reiteración de lo ya muchas veces dicho y sabido.

7. Bibliografía

- AGUILERA MOYANO, M. de (1998). «La investigación sobre comunicación en España: una visión panorámica». *Comunicación & Cultura*, 4, p. 5-11.
- ÁLVAREZ, M. (1993). «Communication studies in Spain. An individual perspective». En: French, D. y Richards, M. (ed.). *Media education across Europe*. Londres: Routledge, p. 46-63.
- BERRIO, J. (dir.) (1997). *Un segle de recerca sobre comunicació a Catalunya. Estudi crític dels principals àmbits d'investigació de la comunicació de massa*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- (1998). «La recerca sobre comunicació social a Catalunya: assaig de realització d'un panorama comprensiu». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 22, p. 47-59.
- (2000). «Algunes reflexions sobre les matèries teòriques del Departament de Periodisme». En: Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació (UAB). *Universitat i periodisme. Actes de les jornades sobre continguts acadèmics i docència a la llicenciatura de periodisme*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, p. 163-169.
- BORRAT, H. (1990). «El debat entre professionalistes i comunicòlegs». *Annals del periodisme català*, 16, p. 54-63.
- (2000). «Narración y análisis de la historia inmediata social, política, económica o cultural desde las ciencias sociales». En: Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació (UAB). *Universitat i periodisme. Actes de les jornades sobre continguts acadèmics i docència a la llicenciatura de periodisme*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, p. 137-148.
- (2002). «Paradigmas alternativos y redefiniciones conceptuales en comunicación periodística». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 28: 55-77.
- CÁCERES, M. D.; CAFFAREL, C. (1993). «La comunicación en España: planteamientos temáticos y metodológicos entre 1987 y 1990». En: *La investigación en la comunicación. III Simposio de la Asociación de Investigadores en Comunicación del Estado Español (AICE)*. Madrid: AICE, p. 23-30.
- CAFFAREL, C.; DOMÍNGUEZ, M.; ROMANO, V. (1989). «El estado de la investigación de comunicación en España (1978-1987)». *C. IN. CO. Cuadernos de Investigación en Comunicación*, 3, p. 45-57.

- CHILLÓN, Ll. A. (1998). «El “giro lingüístico” y su incidencia en el estudio de la comunicación periodística». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 22, p. 63-98.
- FABBRI, P. (1973). «Le comunicazioni di massa in Italia: sguardo semiotico e malocchio della sociologia». *Versus. Quaderni di studi semiotici*, 5, p. 57-109.
- GANS, H. (1972). «The famine in American mass-communications research. Comments on Hirsch, Tuchman, and Gecas». *American Journal of Sociology*, 77 (4), p. 697-705.
- GIDDENS, A. (1976). *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- GIFREU, J. (1989). «La investigació sobre comunicació a Catalunya: assaig de periodització». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 12, p. 9-65.
- GOMIS, L.; MARTÍNEZ ALBERTOS, J. L.; NÚÑEZ LADEVÉZE, L.; CASASÚS, J. M. (2002). «Encuesta: ¿vive la comunicación periodística un cambio de paradigma?». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 28, p. 157-185.
- GOULDNER, A. W. (1970). *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.
- IDOYAGA, J. (1990). «Communication sociale et enseignement universitaire en Espagne». *Médiaspouvoirs*, 17, p. 109-114.
- JONES, D. E. (1994). «Investigació sobre comunicació a l'Espanya dels noranta». En: *Cultura y comunicación social: América Latina y Europa ibérica*. Barcelona: Centre d'Investigació de la Comunicació (CEDIC), p. 87-98.
- (1997). «Investigació sobre comunicació social a l'Espanya de les autonomies». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 21, p. 101-120.
- (1998). «Investigación sobre comunicación en España. Evolución y perspectivas». *Zer. Revista de Estudios de Comunicación*, 5, p. 13-51.
- (1999). «Investigaciones en España sobre comunicación iberoamericana». *Comunicación y Sociedad*, 35, p. 229-268.
- (2000). «Investigació sobre comunicació a Catalunya als anys noranta». *Treballs de Comunicació*, 13-14, p. 41-55.
- JONES, D. E.; BARÓ, J.; LANDA, C.; ONTALBA, J. A. (2000). *Investigación sobre comunicación en España. Aproximación bibliométrica a las tesis doctorales (1926-1998)*. Barcelona: ComCat.
- KUHN, T. S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- MARSAL, J. F. (1977). *La crisis de la sociología norteamericana*. Barcelona: Península.
- (1979). *Pensar bajo el franquismo: intelectuales y políticos de la generación de los cincuenta*. Barcelona: Península.
- MARTÍNEZ NICOLÁS, M. (2001). «Tendencias actuais da investigación sobre comunicación social en España». *Estudios de Comunicación*, p. 153-168.
- MORAGAS I SPÀ, M. de (1981). *Teorías de la comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gustavo Gili.
- (1988). «Los estudios sobre comunicación y nuevas tecnologías en España: indicaciones sobre sus antecedentes y estado actual». *C. IN. CO. Cuadernos de Investigación en Comunicación*, 1, p. 11-19.
- (1989). «La comunicación ausente». En: *Comunicación Social 1989/Tendencias*. Madrid: Fundesco, p. 193-203.
- (1990). «Delante de los negocios, detrás de los acontecimientos: nuevos problemas de la sociología de la comunicación de masas en España, 1986-1990». *Telos. Cuadernos de comunicación, tecnología y sociedad*, 22, p. 58-64.

- (2000). «Estructura i polítiques de comunicació». En: Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació (UAB): *Universitat i periodisme. Actes de les jornades sobre continguts acadèmics i docència a la llicenciatura de Periodisme*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, p. 45-48.
- NÚÑEZ LADEVÉZE, L. (2002). «Encuentro entre teoría y práctica del periodismo desde un enfoque interdisciplinario». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 28, p. 79-96.
- PARÉS I MAICAS, M. (ed.) (1997). «La recerca europea en comunicació social». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 21, p. 21-234.
- RODRIGO ALSINA, M. (2001). *Teoría de la comunicación. Ámbitos, métodos y perspectivas*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- SAPERAS, E. (1992). *Introducció a les teories de la comunicació*. Barcelona: Editorial Pòrtic.
- URABAYEN, M. (1994). «La investigación sobre comunicación social en España: panorama general». En: *Cultura y comunicación social: América Latina y Europa ibérica*. Barcelona: Centre d'Investigació de la Comunicació (CEDIC), p. 81-86.
- V.V. A.A. (2000a). «Estructura i polítiques de comunicació. Debat». En: Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació (UAB): *Universitat i periodisme. Actes de les jornades sobre continguts acadèmics i docència a la llicenciatura de periodisme*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, p. 59-69.
- V.V. A.A. (2000b). «Sesions de debat interdisciplinari». En: Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació (UAB): *Universitat i periodisme. Actes de les jornades sobre continguts acadèmics i docència a la llicenciatura de periodisme*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, p. 213-247.
- VIDAL-BENEYTO, J. (1972). *Las Ciencias de la Comunicación en la universidad española*. Bilbao: Zero.
- VIDAL CASTELL, D. (2002). «La transformació de la teoria del periodisme: una crisi de paradigma?». *Anàlisi. Quaderns de comunicació i cultura*, 28, p. 21-54.
- VIGIL Y VÁZQUEZ, M. (1972). *El periodismo en la universidad*. Barcelona: Escuela Oficial de Periodismo de Barcelona.

Manuel Martínez Nicolás es doctor en Ciencias de la Información. Es profesor en la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid) de teoría y metodología de la investigación sobre comunicación. Entre 2001 y 2003 dirigió el grupo de investigación sobre *Comunicación, Democracia y Ciudadanía* de la Universidad de Santiago de Compostela (de la que fue profesor entre 1996 y 2003), en donde desarrolló estudios sobre comunicación política y electoral, periodismo cívico y democracia electrónica.
